

CRISTIANDAD



67

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO IV
1 ENERO
1 9 4 7

Con este número comienza CRISTIANDAD su cuarto año de existencia. Sus ideales y el plan de su realización han

ido poniéndose de manifiesto a lo largo de estos tres años de publicación, unas veces explícitamente en advertencias y artículos dedicados «ex profeso» a ello, otras de modo implícito, latiendo y dando vida y sentido al material documental que presentamos en nuestras columnas y a los artículos en general.

Hoy cabe hacer un resumen del año que ahora muere. Pero además principiar el nuevo con un planteamiento —el que CRISTIANDAD considera como verdadero y justo— de las cuestiones que fijan con mayor insistencia la atención del mundo.

Se dirá que resulta ya obvio el señalar los peligros, los riesgos inmensos que se cruzan por doquier al paso vacilante de nuestro mundo, ya que todos los que en él habitan se han percatado de ello. Mas por eso mismo está resultando trágico o por lo menos hondamente dramático el momento actual.

Señalemos una vez más el remedio que pueden encontrar estos males que nos aquejan. Para ello no necesitamos sino prestar atención a la llamada —llamada frecuente e insistente— de la Iglesia, por boca de sus Romanos Pontífices.

El **Editorial** se titula: **Ojeada retrospectiva.**

Siguen los artículos:

¡Malos son los tiempos porque los hombres son malos...!, por B. M. (págs. 3 y 4); **Panorama mundial a través de las elecciones**, I, por José-Oriol Cuffí Canadell (págs. 5 a 7); **¿Palomas y ramos de olivo?**, por Luis Creus Vidal (págs. 8 a 11); **La gran amenaza**, por Fernando Serrano y Misas (págs. 12 a 14); **El Paneslavismo mesiánico: Otro racismo inadmisibile**, por José M.^a Martínez-Mari (págs. 15 a 17); **Ritos e Iglesias Orientales**, por el P. Francisco Pall, S. J. (págs. 17 y 18); **Oliva, el gran Patriarca de la Epoca Condal de Cataluña**, por Manuel de Montoliu (págs. 18 y 19); **Perfiles de S. S. Pío XII**, por Guillermo Viviani Contreras (págs. 20 y 21); **Ramón Amadeu: Maestro imaginero barcelonés**, por Evelio Bulbena Estrany (págs 21 a 23).

Cierra el número una **Nota Bibliográfica.**

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.^a Serra Goday y otros.



NOTA DE LA ADMINISTRACIÓN

Con el deseo de facilitar a nuestros lectores el pago de la suscripción correspondiente al presente año 1947 y teniendo en cuenta el aumento de precio que las circunstancias nos han obligado a adoptar, fraccionaremos dicha anualidad en trimestres naturales, a razón de 18 ptas. cada uno, que serán puestos al cobro sucesivamente, a todos los señores suscriptores que así lo deseen y lo manifiesten a esta Administración antes del día 31 del corriente. A los demás se les cobrará la suscripción anual en la forma acostumbrada

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

■

Suscripción:

Anual	70'00 ptas.
Semestral	35'00 "
Trimestral	18'00 "

Número ordinario 3'00 ptas.

CRISTIANDAD

NÚMERO 67 - AÑO IV

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446

BARCELONA

1 Enero de 1947

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 25675

MADRID

OJEADA RETROSPECTIVA

A mediados de 1847 ningún trono se creía más sólido que el de Luis Felipe. Su ministro Guizot escribía el 18 de marzo a Metternich: "nuestras oscilaciones serán cada vez más raras y cortas, como las de un péndulo que tiende a fijarse" (1). No había pasado un año —febrero de 1848— cuando estalló de nuevo la revolución en Francia.

Adivinando la trascendencia de aquellos hechos, Balmes, ya en los últimos días de su vida, escribía: "los sucesos de febrero no son una revolución nueva, son una nueva fase de la antigua, de ese grande hecho de los tiempos modernos que los historiadores tomarán siempre como una época, término de una serie de grandes evoluciones sociales, principio de otras no menos grandes... Los que creyeron que se acababa todo, primero con la Restauración, luego con la dinastía de julio, se parecen a quien esperase que un volcán se apaga tapándole el cráter con una piedra..." (2).

Y la revolución de 1848, que conmovió toda Europa y alcanzó máximo furor en los Estados Pontificios, tampoco acabó en el Segundo Imperio ni con el retorno de Pío IX a Roma. En ella se acusan ya los principales caracteres de nuestra época. Su espíritu es el mismo de 1789, pero enfocado claramente a nuestros problemas contemporáneos. Su acción, "ora a la luz del día, ora bajo tierra", perdura todavía en nuestros días. Así, ella informa y acaudilla el movimiento nacionalista, cuya principal obra había de ser la constitución de las grandes unidades Alemana e Italiana, aciagas protagonistas de la Segunda Guerra Mundial, y en ella se produce el primer choque entre el proletariado y la burguesía, cuyas fuerzas tras un siglo de lucha han venido a polarizarse en estos dos colosos de hoy día —Comunismo y Capitalismo— que algunos señalan ya como los futuros contendientes de una tercera conflagración.

Es verdad que tan graves problemas no los inventó la Revolución; que ellos existían ya en el seno de la sociedad, fruto en parte de la natural transformación de las condiciones de vida; que el movimiento nacionalista tenía hondas raíces en la tradición histórica; y que el problema de las relaciones entre el capital y el trabajo es —como decía el propio Balmes— "la cuestión más grande que se ha presentado en el mundo en lo relativo a cambios sociales: la de la abolición de la esclavitud quizás no fué tan difícil..." (3). Pero no es menos verdad que la Revolución se apoderó de estas cuestiones, les infundió su espíritu, las explotó y envenenó para sus fines sectarios...; que tales problemas, pese a su intrínseca gravedad, habrían adoptado formas completamente distintas de haberse producido en una sociedad gobernada por el espíritu cristiano; y que todas estas causas no nos hubieran conducido a la trágica realidad actual, si las defensas espirituales de la sociedad no hubiesen estado minadas por un largo siglo de Liberalismo. Porque el mayor peligro no está tanto en la extensión y hondura de sus males, como en la debilidad de esta sociedad, cuyo proceso de disgregación, iniciado por el "libre examen" protestante, ha sido completado por el Liberalismo en los países católicos.

Por eso, coincidiendo con el primer centenario del advenimiento de Pío IX al Pontificado, escogimos como tema central de CRISTIANDAD, en su III año de vida, el estudio de este inmortal Pontífice. El hecho de haber ocurrido durante su largo reinado (1846-1870) los episodios más dramáticos de la gran lucha entre el Liberalismo y la Iglesia justifican sobradamente nuestra elección. Pero otra razón, además, nos decidió por el tema: la trascendencia actualísima de aquellos hechos. Cuanto entonces sucedió no pasó de ser sino preparación o escaramuza de lo que sucede ahora.

Sirven de introducción a esta época los núms. 46 y 47, que tratan de la Revolución Española de 1823, primer paso del liberalismo oficial en nuestra patria; y el

(1) «Memoires de M. Metternich», tomo VII, pág. 401.

(2) Balmes. Obras Completas, tomo 32º, págs. 398-9.

(3) Balmes. Obras Completas, tomo 32º, págs. 428-9.

núm. 52, dedicado al antecesor de Pío IX, Gregorio XVI, y a los acontecimientos políticos que durante su reinado se sucedieron en la península Itálica.

Entran de lleno en el tema: el núm. 55, consagrado al primer período del Pontificado de Pío IX, desde su elección, aclamado por las sectas como el Papa "liberal", hasta su huida a Gaeta y la proclamación de la República Romana (8 febrero 1849); el núm. 60, dedicado a la última intervención armada de España en defensa de la fe católica, la Expedición Española a Italia; y el núm. 64, que se refiere al interregno de Gaeta, hasta el regreso de Pío IX a Roma (12 abril 1850).

Completan la serie los núms. 45 y 53, que tienen por objeto llamar la atención de nuestros lectores sobre los secretos designios de las sectas —en este caso del Carbonarismo y la "Alta Venta"— en su acción revolucionaria. A este propósito publicamos varios documentos de la época de cuya autenticidad no podemos dudar. No palpita en ellos, ciertamente, el ansia que algunos incautos imaginan, por los ideales nacionales o sociales que las sectas fingen defender. Su anhelo es sólo un frío y calculado empeño por "extirpar el germen católico y cristiano": "nuestro objeto final es el de Voltaire y el de la revolución francesa, el anonadamiento del catolicismo y de toda idea cristiana".

Tema tan vasto y aleccionador como el del Pontificado de Pío IX, apenas si hicimos de él, durante el pasado año, más que un esbozo inicial. No otra cosa representan los números hasta aquí publicados, que proseguiremos, D. m., en el presente año culminando con la publicación del Syllabus, el Congreso Vaticano y la expoliación definitiva de los Estados Pontificios.

* * *

Mas, si la Providencia deparó a Pío IX la árdua misión de enfrentarse con el liberalismo naciente, estaba reservada a sus Sucesores la no menos difícil de ofrecer remedio al liberalismo fracasado.

Este remedio, magistralmente expuesto en el cuerpo de doctrina religioso-político-social de las Encíclicas de nuestros modernos Pontífices, sobre todo de León XIII, Pío XI y Pío XII, constituye un sistema perfectamente trabado, prestidido por la idea central de la Realeza de Cristo.

Esta idea, propuesta como remedio salvador, la incorpora León XIII por vez primera al Magisterio Pontificio en su Encíclica "Annum Sacrum", en la que señala las apariciones del Corazón de Jesús como una nueva época, la del Reinado de Jesucristo, y al consagrar el mundo entero a este Divino Corazón, apoya su motivación en la soberanía de Cristo, en cuyo reconocimiento y aceptación cifra el remedio único y eficaz del mundo actual: "sólo acogiendo al imperio salvador de Jesucristo, podrá hallar éste la vida, la salud y la paz". La ratifica y declara Pío XI en varias de sus luminosas Encíclicas, y particularmente al instituir la fiesta de Cristo Rey, en la que —manifiesta— ha querido dar complemento y perfección a la Consagración de León XIII. Y la reitera expresamente nuestro actual Pontífice Pío XII, al afirmar en su primera Encíclica que quiere hacer de ella el alfa y el omega de su Pontificado.

El conocimiento y difusión de este ideal, cuya actualidad psicológica —fundada en la mayor preparación que tienen hoy en día los hombres para entender la doctrina religioso-político-social del Reino de Cristo— y cuya actualidad providencial —fundada en las esperanzas de nuestros Pontífices y la fuerza que le sobreañade la garantía de la divina promesa— hicimos resaltar en el núm. 39 (4), constituyen el fin principal de CRISTIANDAD, la razón de su existencia y publicación.

Por eso iniciamos la colección del próximo pasado año con sendos números dedicados a Jesucristo Rey universal (núm. 43) y a Jesucristo centro de la Historia (núm. 44); y por eso, con motivo del Congreso de "Pax Romana", cuya divisa es "Pax Christi in Regno Christi", dedicamos otros dos números (54 y 63) a profundizar el estudio de esta fórmula y de la que es su medio y complemento innegable, "Al Reino de Cristo por la devoción al Corazón de Jesús"; doble enunciado que representa la fusión de la devoción a Cristo Rey con la devoción a su Divino Corazón, y que ha venido a concretarse en esta otra fórmula más expresiva: "El Reinado del Corazón de Jesús", significando que su consagración a Él ha de llevar el mundo al reconocimiento y acatamiento de su Soberanía (5).

* * *

Nuestra revista, cuyo afán de universalidad es consecuencia de su ideal y se desprende de su mismo título, no podía sentirse ajena a los problemas que en este momento tiene planteada la Cristiandad. Por ello, completando el núcleo central de la revista, publicamos el pasado año otros números dedicados a las Iglesias que sufren (Hungria, núm. 56, y las Iglesias Orientales, núm. 57), a la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe (núm. 62), a la enseñanza del Catecismo (núm. 49), con motivo del I Congreso Catequístico de esta Diócesis, y al grave problema de Palestina (núm. 58/9) que, aparte su importancia internacional, tanto afecta a la Iglesia por sus derechos sobre los Santos Lugares.

Además, para estímulo de nuestros intelectuales consagramos el núm. 48 a poner de relieve el esfuerzo de aquellos pensadores ochocentistas que hicieron posible la aparición y el triunfo de la Neo-escolástica; para ejemplo y fortaleza de las Cristiandades hoy perseguidas dedicamos los núms. 51 y 61 a los Santos mártires ingleses Tomás Moro y Juan Fisher, víctimas del cesarismo protestante; y para recoger las enseñanzas del pasado, tratamos en el núm. 50 del fracaso de "La Sociedad de Naciones", que demuestra la ineficacia del liberalismo para poner remedio al mundo actual; terminando la labor del año con sendos números (65 y 66) dedicados a la Inmaculada Concepción y a la Natividad del Salvador, estas dos fiestas que constituyen el origen y el punto de partida de la Redención del mundo.

He ahí, brevemente resumida, la labor de CRISTIANDAD en el pasado año. Quiera Dios que en el que hoy comienza podamos proseguirla, para la difusión del Reino de Cristo.



(4) R. Orlandis. «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey», tomo 1945, pág. 465.

(5) R. Orlandis. «El arco iris de la Pax Romana», núm. 54, pág. 231.

¡Malos son los tiempos porque los hombres son malos...!

...Tienen que hacerse buenos los hombres para que los tiempos vuelvan a ser buenos. (Pío XII)

“Dos veces en menos de medio siglo el canto orgulloso entonado a la gloria de un progreso material que debía hacer reinar la felicidad en la tierra se ha ahogado de repente para terminar en un sollozo desgarrador ante una horrible visión. Debería bastar la doble experiencia: el espíritu debe evitarle al mundo la tercera. A vosotros, representantes del espíritu os toca trabajar en vuestra enseñanza o en vuestra profesión para acercar los hombres de los pueblos los unos a los otros en la luz de la única Verdad y restablecer la familia humana en la Paz, mediante la vuelta de los hermanos al Padre común que está en los Cielos.

Amadísimos hijos: Nos parece que la mirada de Jesucristo os abraza junto con sus Apóstoles, al dirigir al Padre su gran plegaria: Padre, santifícalos en la Verdad. La palabra tuya es la Verdad. Así como tú me has enviado al Mundo, así yo les he enviado a ellos al Mundo. Pero no ruego solamente por éstos, sino también por aquellos que han de creer en Mí por medio de su predicación.” (1)

En el conjunto de Mensajes y Alocuciones con que Su Santidad Pío XII se ha dignado enjuiciar o comentar las realidades actuales durante el pasado año, puede señalarse seguramente como idea central la que Él mismo expresa en las siguientes palabras: “LA SEPARACIÓN ENTRE LA RELIGIÓN Y LA VIDA ENTRE LA IGLESIA Y EL MUNDO ES CONTRARIA A LA IDEA CRISTIANA Y CATÓLICA.” (2)

¿Puede sorprendernos esta afirmación? Miremos la fisonomía de una ciudad moderna:

“En esta civilización, por encima de las fábricas gigantes, de los magníficos palacios de los Bancos, de los grandiosos almacenes, de las ricas bibliotecas, de las amplias clínicas, de los suntuosos teatros, de los espaciosos campos de deporte no se ve levantarse la catedral moderna como símbolo del insustituible e indispensable valor total de la vida humana. Y así se comprende por qué, aún entre los que viven entre tantas grandezas, se encuentran constantemente tanta tristeza, tanta indolencia, tanto descontento, tanta superficialidad y tanta ligereza.” (2 b)

Entre este espectáculo y la realidad trágica que el Papa antes ha hecho desfilar ante nuestros ojos hay una relación de causa a efecto. El Mundo se separa de la Iglesia, la Religión se separa de la vida; las consecuencias no tardan en producirse.

Al hablar el Papa en tal sentido, ¿se refiere exclusivamente a los pueblos paganos, a aquellos en que no ha brillado todavía la luz de Cristo? En su mensaje al Congreso Catequístico de Boston (3), el Papa cuida de eliminar esta hipótesis conformista. Esta distanciamiento entre la vida y la Fe ocurre en el seno mismo de sociedades que se precian todavía de pertenecer a la civilización cristiana.

Señalado el mal, pasemos a transcribir los remedios que el Papa propone.

La misión del sacerdote

“Vosotros mismos conocéis (el Papa habla a los predicadores romanos de Cuaresma), cuán profunda es la ignorancia religiosa, cuán varios y a veces cuán groseros los erro-

res y los equívocos sobre las verdades más elementales de la fe, lo cual se da, no solamente entre el pueblo sencillo, sino también entre aquellos que se lisonjean llamándose intelectuales.”

“El objeto de la predicación de la fe es la doctrina católica; es decir, la Revelación con todas las Verdades que contiene, con todos los fundamentos y nociones que presupone, con todas las consecuencias que trae consigo para la conducta moral del hombre, considerado en sí mismo, en la vida doméstica y social, en la vida pública y aun en la vida política.

Religión y moral, en su estrecha unión, forman un todo indivisible. Y el orden moral, los Mandamientos de Dios, sirven lo mismo para todos los campos de la actividad humana, sin excepción alguna. Hasta donde llegan ellos, hasta allí se extiende también la misión del sacerdote... La Iglesia católica no se dejará encerrar entre las cuatro paredes del templo. La separación entre la Religión y la vida, entre la Iglesia y el Mundo es contraria a la idea cristiana y católica.” (4)

“¿Qué se sigue de todo esto para la Iglesia? Ella deberá actuar en lo que concierne a su propia misión; debe rechazar con mayor energía que nunca aquella falsa y estrecha concepción de su espiritualidad y de su vida interna, que desearía ver relegada, ciega y muda, a la Iglesia en el retiro del Santuario. La Iglesia no puede, encerrándose inerte en el secreto de sus templos, abandonar su misión divinamente providencial de formar el hombre completo y con eso de colaborar sin descanso en la formación del fundamento sólido de la sociedad. Tal misión es para ella esencial. Considerada desde este punto de vista, la Iglesia puede definirse la sociedad de los que bajo el influjo sobrenatural de la Gracia, en la perfección de su dignidad personal de hijos de Dios y en el desarrollo armónico de todas las inclinaciones y energías humanas, construyen la potente armazón de la humana convivencia...”

Tengamos confianza en ella; si todo vacila a su alrededor ella permanece firme; a ella se le aplica también en nuestros tiempos la palabra del Señor: “Etsi moveatur terra cum omnibus incolis suis ego firmabo columnas ejus.” (Discurso a los nuevos cardenales. 20-II-46.)

La misión del católico secolar

Hace más de un siglo que un trabajo insidioso, sistemático y constante ha procurado minar más profundamente que con una acción violenta la cultura cristiana del pueblo... Hoy piensa el adversario que su trabajo está suficientemente adelantado para poder ya lanzarse al asalto definitivo, y ciertamente que ninguno de nosotros se hace la menor ilusión acerca del sentido y del alcance de ciertos sucesos de que somos testigos.”

“El blanco contra el cual el adversario dirige hoy su asalto, abierto o solapado, no es ya, como ordinariamente en el pasado, uno u otro punto en particular de la doctrina o de la disciplina, sino más bien todo el conjunto de la fe y de la moral cristianas, hasta sus últimas consecuencias. Se trata en otros términos de un asalto total, de un “SI” o un “NO” absolutos.”

(1) Discurso a un grupo de intelectuales franceses (25-4-46)

(2) Discurso a los predicadores romanos de Cuaresma (18-3-46).

(2 b) Discurso a los universitarios católicos italianos (6-1-46).

(3) Vid. CRISTIANDAD núm. 66.

(4) Discurso a los predicadores de Cuaresma (18-3-46).

PLURA UT UNUM

¡Un Sí o un No absolutos! A un asalto total, una réplica total. El Papa llama al católico seglar a actualizar en él la Gracia de la Confirmación que un día le imprimió el carácter de soldado de Cristo; a tomar parte en esta lucha decisiva, a las órdenes de la Jerarquía:

“En esta situación, el verdadero católico debe seguir aún más firme y aún más fuerte en el terreno de su fe, demostrándolo con las obras. Un cristianismo puramente exterior y de mera fórmula se fundiría, como la cera al calor del sol, en el ardor de la lucha. Es, pues, deber urgentísimo de la Acción Católica en estos críticos momentos defender e inculcar clara y profundamente en las inteligencias de los hombres la doctrina de la Iglesia y dedicarse con el mayor celo a reconquistar a quienes viven fuera de las prácticas religiosas para que vuelvan a Dios, a la oración, a la fe de Cristo, a la frecuencia de Sacramentos, al corazón de la Iglesia, para que sigan sus enseñanzas y sus preceptos.

¡Obrad como fuertes! os diremos con la Sagrada escritura, y sed valientes. No tengáis miedo ni os asustéis, porque el Señor nuestro Dios es vuestro mismo Capitán y no os dejará ni os abandonará.” (5)

Campos particulares de acción

Hemos visto cómo Pío XII arenga a sacerdotes y seglares para que se entreguen a la noble misión de difundir en nuestras sociedades el conocimiento de la Verdad, el conocimiento de Cristo. Este es el primer servicio incluso en el orden natural, que la Iglesia presta a la sociedad: ponerla en posesión de la Verdad.

¿Quién no ve la urgencia de que la Verdad vuelva a presidir las relaciones entre los hombres, que vuelva a ser el principio unificador de todas y cada una de las formas naturales de convivencia entre ellos?

El Papa alude en concreto a la vida de los hombres de ciencia, a la vida docente, a la vida de familia. Nosotros nos fijaremos principalmente en lo referente a la vida profesional y a la vida social y política.

a) Vida profesional

“De la misma manera que es natural que la vida en un mismo lugar una a los hombres que allí habitan, así es cosa normal que la actividad común igualmente les junte.

“Ahí está la Historia para demostrar que tales uniones profesionales, bajo diversos aspectos, formas y nombres, han producido frutos preciosos, tanto para el bien de la sociedad como en interés de cada uno de sus miembros. Y tanto más ha sido y se repetirá el caso cuando la unión se funda en el más profundo y sólido fundamento de la vida y tiende al fin más alto, según las enseñanzas de la fe católica. Sin embargo, no todos han reconocido esta verdad y esta experiencia. Más bien, no son raros los que sistemáticamente la rechazan. Desean una cultura completamente separada de la religión y unas profesiones completamente independientes de todo principio sobrenatural.” (6)

“El tan glorificado placer del trabajo se transformó, cada vez más, en el amargo lamento de una ocupación sin alma, casi mecánica, más o menos forzada; en la fastidiosa monotonía de los días, siempre iguales; en la repetición de gestos siempre uniformes, vacíos de pensamiento.

Y como habría podido ser diversamente cuando faltaba

(5) A los Jóvenes de Acción Católica Italiana (20-4-46) Vid. CRISTIANDAD 1946 p. 226.

(6) A los universitarios católicos italianos (6-1-46) Vid. CRISTIANDAD 1946 p. 38

el principio de toda grandeza, de toda belleza, de toda alegría que es Dios.”

b) Vida política y social

“El pueblo está llamado a tomar una parte cada vez más importante en la vida pública de la Nación. Esta participación trae consigo graves responsabilidades. De aquí la necesidad de que los fieles tengan conocimientos claros y sólidos, conocimientos precisos acerca de sus deberes de orden moral y religioso en el ejercicio de sus derechos civiles...”

A los católicos, precisamente por eso, tanto más debe iluminárseles sobre los intereses religiosos que ahora están en serio peligro, y persuadirles no sólo en público, sino también en privado, no sólo a los hombres, sino también a las mujeres, uno a uno, de la importancia y de la gravedad del deber que como cristianos les obliga a la recta observancia de sus deberes políticos.

También para ellos sirve el dictamen de no cerrar los ojos a las lecciones y advertencias de la Historia que hasta nuestros tiempos no ofrecen el ejemplo de un pueblo o de un país que, después de haber desertado de la Iglesia y de la cultura católicas, haya vuelto a ellas íntegramente.” (7).

En esta vida política, lo mismo que en la social, es indispensable el contacto con gentes de otras ideologías. Hay entre ellos personas honestas; pero los hay también que son esclavos del padre de la mentira (8). ¿Qué conducta conviene seguir?

“En los contactos indispensables con los que militan en campos contrarios, no os dejéis jamás arrastrar o comprometer en cosas que lleguen al honor católico, y menos todavía que ofendan de cualquier manera vuestros inviolables sentimientos religiosos. Los católicos poseen la verdad de su fe y las enseñanzas de la Iglesia. En su programa social, una riqueza tal de fuerzas positivas y constructivas que no tienen necesidad de ir a pedírselas prestadas a nadie. Para vuestra Patria, lo mismo que para toda la Humanidad, vale aquel principio de que solamente un pensamiento y una voluntad, animados y secundados por la fe cristiana, pueden dar al Mundo la verdadera paz y los indispensables valores de la civilización. Salvar y conservar su Patria, sus familias, su pueblo, su aspecto visible y espiritual, la civilización católica que en el pasado ha sido su riqueza y ha formado su gloria. He aquí, amados hijos e hijas, vuestra misión.”

Conclusión

El Papa nos ha invitado a difundir nuestra fe en la Sociedad. Esta fe debe ser operante. Debe estar informada por la Caridad.

Citemos un solo ejemplo de su necesidad; el más material, pero también el más tangible, el que es condición previa de la paz y de todo trabajo en favor del provecho espiritual del pueblo: el peligro del hambre y la miseria.

“La raza humana está amenazada de hambre y el hambre en sí es causa de incalculable intranquilidad en medio de la cual la paz futura apenas en germen correría el riesgo de ser sofocada antes de nacer (9).

“No faltan en verdad las ocasiones de cumplir al pie de la letra el aviso del Bautista: “Quien tiene dos túnicas que dé una a quien no la tiene, y quien tiene qué comer que haga otro tanto.” (10)

B. M.

(7) Discurso a los Jóvenes de Acción Católica Italiana (20-4-46).

(8) Discurso a los nuevos Cardenales (20-2-46).

(9) Alocución de Pío XII, Vid. CRISTIANDAD núm. 52.

(10) A los Jóvenes de Acción Católica Italiana (20-4-46).

Panorama mundial a través de las elecciones

I

EL TRIUNFO DE LOS REPUBLICANOS EN LOS ESTADOS UNIDOS

La guerra de las mujeres

A mediados del pasado siglo, contemplando Donoso Cortés el estado del mundo en aquellos largos y dolorosos años de la "pax británica", describía sagazmente la absurdidad de una situación cuyas últimas consecuencias habían de señalar una fecha trágica en la historia de la Humanidad. Decía Donoso: "Nadie sabe decir en medio del general desequilibrio y del universal desconcierto, si el mundo está en guerra o si hay paz en el mundo. Por un lado, hay demasiada agitación y demasiada inquietud para que ese estado de cosas merezca el nombre hermoso de paz; por otro, nadie puede divisar por parte ninguna aquel aparato bélico, aquellos ordenados tumultos, aquellos grandes movimientos y aquellas grandes evoluciones de gentes de armas que lleva consigo la guerra. *El mundo está como en los confines de estas dos grandes cosas: sin estar en paz porque están inquietos los ánimos, y sin estar en guerra porque están los brazos quietos; está en un estado permanente de discordia y de disputa, la cual, sin ser la paz de los hombres, es la guerra propia de las mujeres; para ser la paz le falta lo que la paz tiene de envidiable y de augusto, la quietud inalterable de los ánimos, y para ser la guerra le falta lo que la guerra tiene de fecundo y de espiatorio, que es la sangre*" (1).

Las palabras del marqués de Valdegamas suenan como escritas expresamente para nuestros días. Acabada la guerra en los campos de batalla, los dirigentes políticos de los estados vencedores y de los que se han apresurado a sentarse en calidad de invitados en el banquete de los grandes, no han tardado en provocar otra suerte de lucha dentro de los ámbitos de sus respectivos países. Las elecciones del más puro sabor democrático liberal al servicio de los partidos, abren nuevos frentes entre los propios conciudadanos, obligados en su mayor parte a soportar los dictados de los profesionales de la política, que se mueven a sus anchas en esta guerra incruenta casi siempre, "guerra propia de las mujeres" en el sentir de Donoso Cortés, pero que tan funestos resultados puede ocasionar a la sociedad que la sufre.

Sobre la significación de tales elecciones, principalmente de las celebradas en algunos países que se han erigido en árbitros del mundo de la postguerra, vamos a intentar referirnos ahora. ¿Qué sentido pueden tener miradas en su conjunto? ¿Cuál es su verdadera importancia en estos momentos de tránsito? Sean cuales sean las respuestas que puedan darse, opinamos que es merecedora del mayor interés y de la máxima atención aquella frase del propio Donoso, cuando refiriéndose precisamente al parlamentarismo, afirmaba que Dios "ha condenado a la servidumbre a las razas disputadoras" (2).

¿Época de sufrimiento y de prueba?

Como en los días del célebre rey de Epiro que en sus luchas con los romanos consideraba hallarse muy próximo al desastre a fuerza de acumular laureles para sus armas, hoy se nos presenta el espectáculo de un pueblo victorioso en dos

guerras mundiales que, por razones muy diversas, parece ser incapaz de sacar un valor positivo a sus triunfos, y que en vez de hacer valer su enorme poderío para restañar las profundas heridas de la Humanidad, se balancea en un constante titubeo cuyas últimas consecuencias, en distintos órdenes, se ven obligados a sufrir los pueblos todos del planeta. Responsabilidad mayor es posiblemente muy difícil de encontrar.

Los ejércitos norteamericanos que gracias a los recursos inmensos de su patria fueron capaces de prestar una ayuda decisiva a la Gran Bretaña, remediando su desesperada posición en los años caóticos de 1941 y siguientes, no han tenido a su retaguardia la pléyade de gobernantes capaces de atajar el desorden y el desconcierto que ha sobrevenido con el cese de las hostilidades. Igual que Pirro, buen general y deficiente político, la nación norteamericana va a sufrir de nuevo las consecuencias de su deficiente preparación. ¿Saldrá o no con éxito de la crisis?

No hay que olvidar que los Estados Unidos, carentes de una historia y de unas tradiciones firmemente arraigadas por el transcurso de los siglos, están atravesando aún un profundo proceso evolutivo.

"Una nación —escribía Balmes en 1841— se levanta allá en el nuevo mundo, graciosa en sus formas y robusta, rozagante, poderosa, citada como un modelo de civilización y cultura, que rebosa en riquezas y felicidad, y cuya lozanía, esplendor y prematuras glorias miran con envidia los hombres más ilustres de todos los países". Esa visión optimista, no impedía a Balmes adivinar con claridad, las fallas a que estaba expuesta la entonces todavía más incipiente nación: "Adviértase, empero —añadía— que esta sociedad es muy joven; adviértase que a la hora misma de su nacimiento pudo hacer tan útil y fecunda cuanto la plugo la condición de sus individuos; adviértase que no han heredado como otros pueblos una herencia de miserias y preocupaciones; y adviértase, sobre todo, que todavía no ha llegado para ella la época del sufrimiento y de la prueba. Mas esta sociedad nacida ayer, que está colmada de esperanzas y embriagada de felicidad irá envejeciendo y, andando los tiempos y creciendo la población, los destinos de ese país privilegiado no serán siempre tan hermosos como actualmente son" (3).

Las guerras en que se ha visto envuelta y que tanto han contribuido a su crecimiento material en un lapso mínimo de tiempo, precipitarán sin duda su entrada en la etapa crítica de su desarrollo, verdadero crisol en el que quedarán de manifiesto todas cuantas impurezas imposibilitan la estructuración definitiva de lo que constituye el espíritu vital de un pueblo, que, igual que los demás, tiene sus caminos señalados en los planes de la divina Providencia.

La debilidad de los Estados Unidos

¿Cuál es la verdadera grandeza de los Estados Unidos? ¿Corresponde su indiscutible progreso material, no siempre autóctono, con un avance similar en el orden espiritual? ¿Qué pueden esperar en este aspecto los restantes pueblos?

(1) Donoso Cortés. Carta al director de la *Revue des Deux Mondes*, 15 de noviembre de 1852.

(2) Donoso Cortés. Carta cit.

(3) Jaime Balmes. *La cuestión de Argovia*. Obras completas, vol. XXIII; *Eseritos Políticos*, tomo I.



Wilson

En los últimos años del pasado siglo, y a consecuencia sobre todo de la labor desarrollada por las sectas desde los mismos comienzos de su historia independiente, Norteamérica había sufrido un descenso peligrosísimo desde el punto de vista moral. Un escritor describía aquel no tan lejano período, con estas palabras:

“Bajo la influencia de estas sectas y de la masonería, que reúne en sus logias masas considerables, un profundo cambio se ha operado en las ideas de la nación. *Los síntomas se manifiestan a la vez, arriba y abajo. Abajo por la impunidad escandalosa de que gozan desde hace algunos años una literatura inmoral y una prensa ilustrada, que corrompe a los obreros en sus lugares de trabajo, y a los niños hasta en los bancos de la escuela...; arriba por la formación de una clase cada vez más considerable que no se limita a vivir lejos de la práctica de un culto, como la gran masa de paganos, sino que erige su infidelidad en sistema y hace profesión abierta de escepticismo y aun de ateísmo*”. Y precisaba: “De hecho, cerca de las tres cuartas partes de los americanos viven completamente al margen de la práctica positiva y continuada de un culto. Se dedican a frecuentar al azar el templo... *¡Los paganos, tal es su nombre popular, y es el que más les conviene!*” (4).

¿Y qué podemos decir en nuestros días? De otro escritor, especialmente conocido como novelista, admirador entusiasta de los Estados Unidos, reproduciremos algunos párrafos. André Maurois—anteriormente industrial judío de Elbeuf, llamado Herzog—explica la vida del pueblo norteamericano (excluimos por lo que a espiritualidad y moralidad se refiere a la minoría católica) en la siguiente forma:

“*La vida religiosa es menos fervorosa que en el siglo XIX. Aproximadamente un cincuenta por ciento de los norteamericanos no están inscritos en ninguna Iglesia (sic); de todos modos, esta cifra no traduce bien los sentimientos íntimos de la nación. Norteamérica continúa siendo esencialmente cristiana, pero hay que entender por ello menos unas creencias doctrinales que unas reacciones puramente sentimentales.*” (5).

Sobre la vida de familia, escribe el propio autor: “Los niños pasan todo el día en la escuela. Por la noche, mucha-

chos y muchachas salen, de dos en dos, con compañeros de su edad. La libertad de que gozan hubiera parecido escandalosa a sus antepasados. Débese a la debilitación de los “*tabús*” sexuales, al birth control, a la difusión de un pseudo-frendismo, a las aportaciones de elementos no anglosajones. El cinema es un refugio para todas esas parejas errabundas... Determinados Estados, y especialmente Nevada (Reno) han transformado el divorcio en una industria próspera. El número de divorcios para cada cien mil habitantes se ha duplicado de 1914 a 1940, pasando de ciento a doscientos. (Doscientos sesenta y cuatro mil divorcios y un millón quinientos sesenta y cinco mil matrimonios en 1940)”.

No existe una persecución declarada contra el catolicismo, pero éste encuentra a menudo la oposición abierta de los protestantes y sectarios de todas clases, y así, pongamos por caso, “*ser de religión católica es, para un candidato a la Presidencia, un obstáculo hasta ahora insuperado*” (6).

Este lamentable desbarajuste moral en que se desenvuelve la sociedad yanqui (calificada con esta palabra por antonomasia), influye poderosamente, y como no podía menos de ser, en todas sus actividades, trasluciendo en los menores detalles de un primario y a veces hasta quizá ridículo vivir. “La producción en serie, apoyada por una publicidad intensísima, engendra cierta uniformidad. *En un mes determinado, varios millones de norteamericanos consumen la misma bebida... leen el mismo libro (designado por el Club del Libro del mes: Book of the Month Club), ven la misma película, comen los mismos cereales, cuentan las mismas anécdotas y se valen de los mismos remedios, para pasar luego con asombrosa unanimidad, a los placeres uniformados del mes siguiente*”.

¿Por qué continuar? Los textos que hemos reproducido hablan con más elocuencia que todas las explicaciones que por nuestra parte pudiéramos hacer. De los mismos pueden extraerse abundantes lecciones y un conocimiento más real de la auténtica debilidad norteamericana, de la que no es capaz de salvarla ni la misma bomba atómica.

Importancia del comunismo

Una de las amenazas más firmes que existen en Norteamérica, es la que arranca de la existencia de fuertes núcleos comunistas, y no precisamente por el número de sus adeptos, sino por la ayuda que les prestan relevantes personajes discretamente ocultos en cargos importantísimos, aunque de segundo orden.

La presidencia de Delano Roosevelt ha contribuido probablemente al auge comunista, a través principalmente de los colaboradores de que se rodeó durante su mandato.

A ello han colaborado además, en gran parte, las estrechas relaciones del comunismo con la masonería, impulsada ésta por su fobia anticristiana, especialmente en los estados del Sur. Ya en 1928, el candidato demócrata, el católico Alfredo Smith, salió derrotado a causa de la oposición del “*sólido Sur*”—el feudo demócrata— que prefirió perder unas elecciones antes que ver instalado en la Casa Blanca a un católico. También “en la época actual, la Iglesia Católica es el blanco constante de los tiros de los jefes protestantes” (7).

En el informe leído por Walter S. Steele en diciembre de 1934, ante el Comité Especial del Congreso de los Estados Unidos, podemos leer: “El número de los comunistas y de los afiliados en los Estados Unidos, es hoy seis veces más grande de lo que fuera en Rusia cuando este país fué ensangrentado por la revolución. *Actualmente hay casi tantos comunistas afiliados en Estados Unidos como en Rusia*. El movimiento comunista de los Estados Unidos ha progresado, particularmente después de noviembre de 1933”.

(4) Claudio Jannet. *Les États Unis contemporains*. Paris, 1876.

(5) «André Maurois». *Historia de los Estados Unidos*, volumen II.

(6) «André Maurois». *Obra cit.*

(7) Edward Murphy. *Revista Javeriana*, Bogotá abril de 1946.

En 1937, el P. John La Farge, S. J., escribía desde Nueva York: "Entre los mismos católicos varían las opiniones acerca del grado de influencia comunista en las recientes medidas tomadas por el Gobierno Federal. Yo no quisiera entrometerme en esta cuestión política. Nuestra opinión sobre este particular depende, naturalmente, de nuestra apreciación sobre la persona del mismo Presidente Roosevelt. Sea lo que fuere, existen dos factores que favorecen innegablemente la influencia comunista en el Gobierno, cualquiera que haya sido su régimen (ya se comprobaba este hecho en la administración de Hoover). Estos son: a) la centralización constante en el Gobierno y la tendencia cada vez más extendida de buscar la solución de todos los problemas en Washington, y b) la influencia judía en los puestos especializados de los Departamentos y Oficinas del Gobierno. No queremos decir que los numerosos expertos judíos de Washington alienten tendencias comunistas (muchos entre los más distinguidos ciertamente no las tienen), pero es un hecho que grandes responsabilidades, unas más delicadas que las otras, descansan en personas que no practican el cristianismo y que se dejan guiar por filosofías no cristianas" (8).

Wilson-Roosevelt

Aprobado por unanimidad en abril de 1919 el Pacto de la Sociedad de Naciones, el Presidente Wilson regresó a América. Allí iba a sufrir uno de los mayores desencuentros de su vida política.

En 1916 había sido reelegido al más alto sitial del Estado; con ello el partido demócrata, al que pertenecía Wilson, se apuntaba un éxito que le permitía entrar en guerra al lado de los aliados en el siguiente año. ¿Era esa la voluntad del pueblo norteamericano? No parecieron indicarlo así las elecciones celebradas en 1918, al elegir, no obstante el llamamiento de Wilson, un Congreso y un Senado con mayorías republicanas. A la vista de este resultado, Theodore Roosevelt pudo decir en vigilia de salir el Presidente para Europa: "Mr. Wilson no es el más indicado para hablar en el momento actual en nombre del pueblo americano" (9).

No es extraño que a su vuelta de Europa, fuera acogido hostilmente por la opinión del país. Wilson había ganado la guerra, pero había perdido el apoyo de sus antiguos partidarios.

Otra guerra mundial estallaba años más tarde. Como en la primera, el esfuerzo de Norteamérica sería indispensable para que los aliados pudieran salvarse de una probable derrota. Delano Roosevelt que ocupaba desde 1933 la Casa Blanca fué el más entusiasta protector de la Gran Bretaña, y gracias a su política y a su actuación personal, los ejércitos de los Estados Unidos atravesaron de nuevo el Atlántico.

El caudillaje de Roosevelt, dió un triunfo más a su país, pero igual que en los días de Wilson, al terminarse la contienda y presentarse de nuevo el partido demócrata a las elecciones, cubierto ahora con la sombra del difunto Presidente, ha sufrido una derrota clara y terminante. Norteamérica, de un modo parecido al de la Gran Bretaña, ha rechazado a los hombres que decidieron su entrada en la guerra.

¿Qué consecuencias podemos deducir de la victoria del partido republicano?

Muchos han visto en la misma, además de una severa repulsa para la antigua administración, el triunfo de los



Roosevelt

elementos conservadores y el inicio de una etapa política más inflexible por lo que respecta a las relaciones con la Unión Soviética. Parece muy difícil sostener *a priori* semejante afirmación; hay que esperar razonablemente a que hablen los hechos.

¿Va a iniciarse una política aislacionista? ¿Repercutirá desfavorablemente la victoria republicana en las relaciones con Inglaterra? ¿Hasta qué punto los países de la Europa central y occidental podrán contar con la ayuda norteamericana, para oponerse con éxito a la marcha hacia el Oeste emprendida por los pueblos eslavos dominados por el comunismo?

Estas preguntas encierran a nuestro modesto entender la clave de la política exterior estadounidense. De las contestaciones que la realidad nos dará a las mismas, dependerá inmediatamente el sesgo de los acontecimientos.

Como un día dijimos refiriéndonos a la Gran Bretaña (10), las elecciones norteamericanas, teniendo en cuenta la situación real del país y la influencia que en el mismo ejercen las doctrinas disolventes, manifestadas casi por igual en los dos principales partidos, no las creemos ni muchísimo menos decisivas en orden a la instauración de una verdadera paz.

A la minoría católica, verdadera isla solitaria en el mar alborotado del materialismo que anega casi totalmente el desarrollo del pueblo norteamericano, le corresponde en estos instantes una importantísima misión a cumplir. De la conversión de los Estados Unidos depende posiblemente en gran parte el porvenir mundial. ¿Qué importancia puede tener ante ese gravísimo problema el triunfo de los republicanos o de los demócratas?

La crisis que amenaza la estabilidad de la sociedad estadounidense no se solucionará dando más libertad y nuevas constituciones, sino provocando, son palabras de Donoso Cortés, "una reacción saludable, religiosa" (11).

José-Oriol Cuffi Canadell

(8) P. John La Farge, S. J. *Cartas de Roma, Año III, n.º 12-13*
(9) «André Maurois». *Obra cit.*

(10) *Las elecciones británicas*, CRISTIANDAD, números 36-37, pág. 438 (tomo II).
(11) Donoso Cortés. *Discurso pronunciado en el Congreso el 4 de enero de 1849*.

¿Palomas y ramos de olivo?

Ya resucitó el can-can

Al igual que el portugués del cuento que se espantó de la propia fiereza, hase admirado, en lo íntimo de su ser, la dulce Francia, de verse, de nuevo, calificada de "grande".

Ni los más optimistas de sus hijos, cuando se desmoronó estrepitosamente el cacareado frente, y no sirvieron de nada las miríadas de toneladas pomposamente empleadas en la línea Maginet, ni menos cuando, todos, angustiados, llenos de temor pánico ante la irrupción de los bárbaros del Norte, se refugiaban a la sombra paternal del prestigio de un viejo mariscal por no hallar mejor arrimo, podían imaginar que, cinco años más tarde, por arte de birlibirloque, esta Francia de Bidault, se alinease entre los que, auténticamente grandes, la acababan de sacar, como quien rescata un pinjajo, de las horcas caudinas.

Cierto que esta confesión jamás saldrá de labios de los heroicos Messieurs Durand y Dupont, cuando, en la actualidad, vuelven a saborear, junto con las mieles de "la Victoire", su clásico y aburguesado café —esta vez auténtico "café national", léase malte— en los bajos de los inevitables Hotel de la Paix o de la Poste de las villas provincianas. No. Sería esto, pedirles demasiado. Tal sinceridad, en un galo, resultaría contra natura. Pero, de hecho, igual confesión, con sus obras, la ha expresado la vieja ciudad "lumiére", la de los siete pecados capitales.

Que no otra cosa es, o ha sido, este gozo, un tanto ingenuo, con que la capital se ha aderezado, en el verano pasado, para albergar la Conferencia (sic) de la Paz, Fruición de vieja mujerzuela, cuando advierte que su ya lejano "prestigio" aún ha servido, una vez más, para atraer a un último trasnochado badulaque.

Los Congresos siempre se han divertido. ¿Iba éste a ser excepción? La clientela que les caía inesperadamente a los "Meurice", y "Jorge V" y "Crillon" y "Continental", ¿iba a aburrirse? Puede Francia, en su impudicia, exhibir las miserias a que la han reducido estas últimas décadas ingloriosas; puede ver reducidos, al compás de su natalidad y de sus energías, aquellos ejércitos de mar y sobre todo de tierra que pasearon el orgullo de su hegemonía por el Continente en épocas mejores. Pero no puede renunciar a su última función, la única posiblemente "grande", la de hotelera complaciente de huéspedes, aun más cursis que ella, que con auténtica mentalidad aldeana cruzan el Océano.

Solamente que, menester es tenerlo en cuenta, en materia de vicio, en nuestro siglo aerodinámico, se ha progresado, también más rápida y aerodinámicamente que aquí, en ultramar... de ello que la vieja mujerzuela del Sena haya tenido que recurrir, falta de inventiva ya, al clásico truco del tipismo, y resucitar todo el "atrezzo" de fin de siglo, cuando, perdida ya una hegemonía, la de los Luis XIV, alcanzó otra, efímera, la de la corrupción...

Y así, el can-can, otra vez ha resucitado.

Y ha servido de fondo, significativo, a la famosa Conferencia, de la que ha salido, como de una Ponencia de Naciones, un Proyecto de Tratados con los países vencidos, haciendo excepción de los dos grandes Astros, Alemania y el Japón.

En el nombre de Dios...

Así se encabezaban, en otras épocas, los Tratados, aun entre países y Gobiernos apartados de la verdadera Iglesia. Con esta fórmula, se simbolizaba la labor, a menudo leal y legítima, siquiera sobre el telón sombrío de la concupiscen-

cia humana, de los que estaban llamados a corregir pasadas tragedias y entuertos, y que había sido solemnizada en actos, siquiera de ritual y vacíos de convicción, en los que la expresión de religiosidad, recordaba a todos que Europa estaba incommoviblemente basada sobre altos principios.

Con este ambiente se iniciaban los Congresos, aun aquellos en que la frivolidad creciente, cual fué el famoso de Viena, había de informar luego sus sesiones. Habían de sobrevivir nuestros tiempos para que, mísero fruto del laicismo, los países se convirtieran, ora en repulsivo banquete de vencedores, ora, más que ciertamente aún, en verdadero caos de infecundidad.

Esta es la característica —el caos— de los interminables y desorientados debates de París primero —cuyo Pleno de Conferencia terminó el 15 de octubre pasado— y Nueva York más tarde. Ni tan sólo la injusta diligencia del anterior Versalles, abocando, bien o mal a un resultado u otro. Al fin del último Pleno lo hubo de reconocer Bevin, cuando, en el citado día, confesó: "Las semillas de la guerra y de la paz se siembran ahora".

Un Versalles con «telón de acero»

Obvio es extenderse, por lo demás, en consideraciones que están en la mente de todo cristiano lector. Lejos de la Iglesia, reina de la Paz, será inútil empeño que las Naciones se empeñen en asentar fundamentos de justicia. Esta fragilidad la proclamó, en plena Conferencia, el propio Spaak...

Pero, además, existe en estos conatos desdichados una característica, única, que pone de relieve, vivamente, cuanto encierran de absurdo... Jamás en Westfalia o en Utrech se hubieran extendido los Tratados a las diversas regiones de Europa, algunas de ellas ya con características de nacionalidad, que gemían bajo el poder turco... Aquellos Tratados, desgraciadamente laicos o laicizantes, a lo menos, incluían, como lo exige su naturaleza, dos o varias partes. Lo eran entre los Estados libres que componían la Cristiandad, o a lo menos lo que llamamos el mundo civilizado, de su tiempo. A nadie se le hubiera ocurrido establecer, como hoy, Tratados unilaterales —tales como han sido siempre los "diktats", en todo momento de la Historia— con lo que necesariamente dichos Tratados dejan, por esencia, de ser tales Tratados.

Nada de esto se ha tenido hoy en cuenta. Representantes de un Poder enemigo, que blasfema contra todo lo que se llama Dios, y que, inmenso, detenta toda la Europa oriental y parte conspicua de la central, se alinean en el alegre cabare: al lado de delegados de Estados libres, y aun de los dos otros "grandes", gigantes anglo-sajones, que pudieran tener a aquel Poder, si quisieran, a buen recaudo. Una comunión abominable de lujuria ha distraído los ocios de los que han laborado comúnmente en el Palacio de Luxemburgo. En esta extraña Westfalia siglo XX, se da entrada, nominalmente, a la noble Hungría que se ahoga y a polacos, transilvanos, rutenos y croatas, pidiéndoles su representación, como si ésta pudiera ser elegida desde la ergástula.

Los sucesores de Mazarino, y de Marlborough, y de Metternich y Talleyrand, reciben, sonrientes, a los embajadores de un nuevo y mucho más terrible Gran Turco. Y, para mayor irrisión, este nuevo Tirano, significativo descendiente de los Gengis Kan y Atila, cuyos mismos caminos ha seguido, no sólo no cede un ápice en su línea geográfica que ha marcado con un telón de acero, sino que, a duras penas, displicentemente, acepta que los grandes Poderes li-

bres, aun momentáneamente hartos más fuertes que él en lo físico, y muy menos que él en lo moral, con escrúpulos de Zapirón se debatían solicitando "elecciones libres" en los países virtualmente ocupados por sus cosacos, los salvajes de la estepa. Como si bajo el limo de la inundación, inmensa, pudiesen salvarse, frágiles, las urnas.

Italia

Y desde agosto ocupó este tema la primera actualidad. No solamente por cuanto se trata del Estado más importante —hasta ahora, oficialmente por lo menos, considerado como Potencia de grande orden—, sino por este extraño misterio que hace de la Península corazón del mundo. Y, como en todos los dramas, auténticos, se conjugan en él la parte trágica con la parte bufona, que contribuye a hacerlo más trágico aún.

El parto de los montes

Y lo bufano ha corrido a cargo de la frontera occidental. "Nos has hecho, Señor, para ti..." La eterna frase de la inquietud agustiniana, puede trasladarse quizá, en otra forma, a lo que metafóricamente podríamos llamar el alma de los pueblos cristianos. Si la del pecador está inquieta, la de los pueblos predestinados a altísima misión como lo son estos dos, latinos, tan conspicuos —Francia e Italia—, no puede menos que estarlo también, si de los augustos caminos que le tiene señalados la Providencia se empeñan en apartarse. Y esta inquietud, a veces, recibe el peccato de los castigos, por cuanto es el que más flagela su triste orgullo: el del ridículo. "Harán, Señor, el ridículo cuando se aparten de Ti".

Ridícula ha sido, por disposición de lo Alto, la pugna entre las dos "hermanas latinas". ¡"Voliamo la Corsica"! ¡"Voliamo Nizza"! eran los gritos del nuevo irredentismo del siglo actual. Legítima en sí tal reivindicación, por cuanto se trata de regiones racial y geográficamente italianas, eran expresión del delirio pintoresco del Fascismo, que creía que un pueblo, como el itálico, podía emprender, con éxito, caminos de imperialismo apartados de sus esencias y de sus fines íntimamente religiosos. Córcega, Túnez, Niza, amplias reivindicaciones coloniales fueron tema de paradas y de discursos durante quince años, para acabar en dudoso objeto, luego, de una "guerra" de poco más de una semana, en junio de 1940. Y ante el estado de cosas que determinó el Armisticio con Vichy, momentáneamente, todas dichas amplias y bélicas reivindicaciones vinieron a limitarse a la conquista... de Menton. Es decir, de Mentone. De una villa.

Esto, el ridículo de Italia. Veamos, ahora, el de Francia. ¡"Nos han apuñalado por la espalda"! La "traición de la hermana latina", la "resurrección" de la Francia vengadora, acabaron, como se ha visto, también, por su lado, en algo así como acabó aquel que, en el soneto cervantino

"...miró al soslayo, fuése, y no hubo nada".

¿Magnanimidad? ¿Vieja elegancia francesa "sans peur et sans reproche"? ¡Oh, no! Francia no ha renunciado tampoco esta vez a "la gloria" de sus conquistas. ¡Manes de Napoleón III, a quien llamaron el "chico" pese a que ganó toda la Saboya y que perdió luego la Lorena y la Alsacia, levantaos! Bidault ha mejorado aquellos viejos Tratados de 1860. Se "rectifican" las fronteras de los Alpes, y Francia, que hace cien años conquistaba Imperios, adquiere hoy unas cabañas en el Pequeño San Bernardo y en el Cenís. Y, además, el valle de Tenda y Briga. Como creemos, naturalmente, a nuestro lector —no se vaya a ofender por esto— poco familiarizado con los ocultos recovecos alpinos, le habremos de explicar que, este famoso Valle, la última

de las conquistas galas del "último caballero francés". consiste sólo en una estrecha cañada, habitada en escasas aldeas sucias y pobres como lo son todas las de estas miserables y escarpadas vertientes que asoman al Mediterráneo. Y su extensión, para dar alguna idea de ello, diremos que viene a ser como la mitad del valle de Camprodón.

Tal ha sido consagrado por la Conferencia, el ratón, engendro de los montes, épico fruto material de la pugna que, dentro de la mayor Contienda que viera la Historia, enfrentara a los pueblos más preclaros y más antiguos de la Latinidad. Que harán siempre el ridículo "cuando se separen de Ti".

Esto, hasta ahora, lo bufano. Pasemos a lo trágico, a cargo de la frontera oriental.

Y unos montes en parto, trágico en verdad

Da cui sempre,
Fin che sia luce divina,
Dall' uomo il sacrificio,
Splenderanno,
I tuoi caduti per l'Italia
O San Remo-!

Llenos de típico sabor d'annunziano, estos versos, en la lápida que conmemora el recuerdo de los "caduti" de la primera Guerra 1915-18, sobrecogen al turista que, en San Remo, desciende de las alturas del Monte Ceppo —uno de los que se hallan en la frontera recitificada que antes hemos citado— y en el Corso Imperatrice admira uno de estos monumentos que conmemoran aquel primer esfuerzo que, a través de la llamada "victoria mutilada" reunió a la madre Italia los pedazos irredentos de sus confines del Nordeste.

Trieste, Fiume, nombres que llenan la postguerra anterior, con las también trágico-bufanas gestas del Poeta Tartarín, han tenido y tienen renovada actualidad en ésta. La vieja canción de las muchachas de Trieste, abominando la bandera "gialla e rossa", resuena de nuevo ante un peligro, esta vez mucho más auténtico y real. Ya no es la más o menos legítima y patriótica veleidad de separarse de la imperial tutela de Viena: es ahora la necesidad de huir de la más salvaje opresión del vecino indeseable.

Fin che sia luce divina...

Es la luz divina. Es la divina luz de la civilización cristiana la que amaga eclipsarse en esta parte de Istria, en plena Venecia Julia, girón arrancado a la católica Austria por la católica Italia, años ha, en pugna estéril "dall' uomo il sacrificio". Digno, éste, de mejor causa. Y girón, ahora, presa de los bandoleros yugoeslavos, apoyados por alguien de mayor entidad, asunto ya consumado por la Conferencia en lo que respecta a Pola, Fiume y zona al este de la llamada "línea francesa".

Sí. Hay los intereses políticos. El gigante moscovita no es sólo un gigante satánico y blasfemo, enemigo de Dios. Es un coloso político, heredero de aquellos Zares erigidos en tiranos. El coloso eslavo es eco de la segunda fase predicha, en su escatológica advertencia, por el Salvador... "...se levantará raza contra raza..."

La eterna pugna rusa de zascarse a mares libres de hielos. Sí. Este es, sin duda, uno de los grandes intereses que se debaten en este desgraciado Trieste, llamado a devenir un nuevo Danzig neutro, siempre predestinado a ser, en un fatal mañana, presa de nuevo de los grandes. Pero hay otro, La Venecia Julia es ya un rincón, real, legítimo, "pur sang" de la flor y nata de la catolicidad. Es país íntimamente cristiano. Es, por tanto, país donde hallar material humano

que martirizar, pasto de cruces y de fieras en los futuros anfiteatros que Moscú proyecta, y a los que las posibilidades del moderno cemento armado prestaría posibilidades insospechadas de cabida. Esta tercera parte de la Venecia Julia—en la optimista suposición de que los Grandes se contenten con lo que cedió la Conferencia— es la primera pequeña compensación a cambio de aquella España que le escapó al Soviet cruel cuando éste empezaba ya, sádico, a gozarse...

¡Pobre Italia! Con más justo motivo, y contra otros tiranos, hartos más reales y abominables que aquellos tan calumniados de ayer, se desataría mejor hoy la musa de Montroy, repitiendo, al acercarse a sus horizontes...

Pedazo de la lumbre de la gloria
que las cenizas de la tierra inflama;
mentira hermosa, del Edén caída;
de una bella ilusión sagrada estatua
que yace sepultada entre ilusiones;
lira doliente, melodiosa arpa
que del cielo en la crespa cabellera
sus cuerdas de marfil y oro enredaba,
hasta tanto que al mundo desprendida
osaron los tiranos desgarrarla
para tejer con ellas sus coronas,
para cubrir de su borrón la infamia.

Rumania, Bulgaria, Hungría, Finlandia...

Rumania, Bulgaria, Hungría, Finlandia... Se ha venido elaborando, también, fatigosamente, el proyecto de Tratados con los llamados países Satélites...

Pero, previa, choca, ante toda otra reflexión, una que igualmente se hubiera acudido a Pero Grullo. Y que se le ocurrió al propio Bidault, al proclamarlo en la última Sesión.

¿Tratados con los satélites, antes que con el Astro?

Aquí Copérnico, consultado, hubiera reivindicado la natural primacía del Sol sobre sus Planetas. ¿Qué son éstos, para darles entidad en cuestión de tan grandiosa talla? Los Planetas, necesitan del Sol. Los satélites, del Astro.

Por ello ha ocurrido un fenómeno, claro. Y maquiavélicamente proyectado. Y en vías ya de ejecución.

Privados de su antiguo Sol germánico, tiránico sol, pero sol al fin, estos satélites, desorientados y abandonados, necesitados, empero, por imperativo cósmico, de seguir una u otra órbita, han entrado en la esfera de atracción del nuevo y grande Astro, del astro satánico cuyos remolinos arrastran la polvareda de los débiles. Rumania, Bulgaria, Hungría, Finlandia, satélites del antiguo tirano, perdidos luego, desorientados en esta agorafobia trágica de la hora presente, que hace a los pequeños sentir horror al vacío, han hallado forzado arrimo al lado de tirano peor. A su sombra se les dictará la "paz", y Rusia se proclamará, aun, su protectora.

Cínica postura, que ha sido la que hemos presenciado en este singular duelo entre Bulgaria y Grecia. Duelo que se viste de guante blanco en el Crillón o en el Waldorf Astoria, pero que se viste sangrientamente, al propio tiempo, cuando, con menos elegancia, representan su segundo acto los salvajes comitadjis de Macedonia.

Según la propia mentalidad y los principios de los vencedores, Grecia, heroica, se ha hecho acreedora de todas las palmas. Bulgaria, en cambio, figura entre lo más sombrío de los agresores de baja estofa.

Pues bien: a pesar de ello, ya a las primeras de cambio, así en las mullidas butacas de París o Nueva York, como en los angostos indecentes del Vardar, Bulgaria—que ya ha salido ventajosamente de su reivindicación de la Dobrudja—, ha presentado, brutalmente, sus otras y más sorprendentes "reivindicaciones". Quiere salir al mar Egeo.

Aquí la historia pesa. El zar de Bulgaria—salvo en el paréntesis 1915-18—siempre fué el vicezar balcánico. Hoy se ha visto sorprendido, ya que tal plaza, la plaza de vice-Stalin, en la desdichada península, estaba ya, tomada por Tito... Quizá, por ello, Bulgaria se ha constituido, tras elecciones "libres", en república democrática. Mas, sea como sea, la vieja sucursal de los zares sigue ostentando la delegación de su georgiano sucesor, y, en esta salida al mar Egeo, se halla interesado, más aún que los viejos emperadores de San Petersburgo, el Soviet Supremo.

Tratados con los satélites... mas su antiguo Sol, herido de muerte, condenado definitivamente en Postdam, yace exánime. Y si el pasado Tratado de Versalles fué insensato al pretender elevar un edificio sobre cimientos de injusticia, éste lo es mucho más aún, por cuanto, además de ello, pretende comenzar la casa por la cubierta.

A la otra sedicente Paz, a Versalles, hubieron de seguir, en efecto,—tras los cuatrocientos cuarenta artículos del "Covenant", el que los alemanes apellidaron "diktat", impuesto por veintisiete Estados contra uno—, después de los demás tratados con los entonces auténticos "satélites", o sea Saint-Germain, Neuilly, Trianón y Sèvres, un sínfin de regateos, de tira y afloja, de mutilaciones, de tratadillos. Al salir, más o menos bien librada de cada susto, Europa echaba un respiro. Siguió luego todo aquel complejo de cuestiones financieras que va de Keynes a Génova, que turba lo del Ruhr y que luego intentan "parchear" Dawes y Young. Y viene, en fin, Locarno, última ceremonia en la que la paloma de la paz, harto demacrada, blandió sus albas alas...

Pero en esta Paz de ahora—aún no asábamos y ya prin-gábamos—los tira y afloja ya vinieron anticipadamente. Se iniciaron en un documento en el que ninguna persona sensata podía creer: la Carta del Atlántico, especie de reminiscencia wilsoniana, y cuyos principios esencialmente laicos y liberales solamente pueden ser recibidos sin mayor protesta si se les considera, forzando el criterio, como expresión de reacción contra las tiranías nazi y soviética. Vino luego Moscú y Teherán, políticos. Y, seguidamente, el tinglado económico-financiero: Dumbarton Oaks (bien que con el objetivo primordial de la Seguridad), Bretton Woods, y la Carta de Filadelfia. Las materias primas debían quedar aseguradas para todos los pueblos del Orbe, así como la libertad de trabajo, de comercio... El éxito y la eficacia de tan generosos propósitos se han podido apreciar y juzgar luego, ampliamente. Así está el Mundo. Con más crisis y más autarquía, y más barreras de todo orden que nunca.

Aún no está Alemania derribada, que se celebran nuevas conferencias políticas: las de Yalta, en Crimea. Y, recién aplastado el coloso nazi, la de San Francisco, que, iniciado a son de trompeta, murió pronto de inanición. Luego, Postdam. Trece capítulos, y Alemania, como hemos dicho antes, descuartizada. Allí, empero, por lo menos, dentro de la lógica de hoy—en que el viejo tópico del "vae victis" adquiere actualidad incansable— se establecieron unos acuerdos definidos. Cuando el Mundo se halla en el estado que hoy—como cuando se hallaba bajo la égida de los Asurbanipales y Teglafalases—sólo se obtiene precisión, y sólo se concretan cosas en un plan: el del verdugo.

Así llegó París. Ya nos hemos referido antes a él. París y su famosa Conferencia. Con su Can-Can.

«Las semillas de la guerra y de la paz»

Y la frase de Bevin, que tiene, indiscutible, a menudo, el mérito de hablar con el viejo léxico de descargador de muelles, ha tenido resonancia más profunda que el ritmo del lascivo baile... Comenzó la Conferencia con el agosto. Terminó un 15 de octubre, después de siete días de pleno, y con una coincidencia de trágico y repulsivo sabor: la de las ejecuciones de Nuremberg. En su sesión final, por boca repre-

sentativa, los "grandes" anglosajones prometieron a la Asamblea respetar en lo posible sus acuerdos—los que venían avalados con los dos tercios de favorable votación—ante la próxima Mesa de los demás "grandes"... Entre tanto, significativamente, los yugoeslavos se retiraban, por hallarse disconformes y negarse a firmar las paces con Italia. Mucho ha bajado el Mundo, pero no hay duda que al retirarse aquellos bandoleros, no dejó de subir un poco el nivel de la Conferencia, en sus últimos instantes. Se acababan de aprobar las recomendaciones, o ponencias, de los Tratados con Finlandia, Hungría, Rumania y Bulgaria. La primera se había beneficiado de su tradicional buena relación con la nueva potencia nórdica que surge, el Canadá... probablemente insuficiente, empero, ante la expansión soviética, que le arrebató Petsamo... De la segunda, ¿qué diremos? Despojada ya en 1919 por el Tratado de Trianón de cuanto era despojeable, ya no se ha hablado ahora de arrebatos territoriales... Se ha hablado, sí, de una indemnización como a los demás países vencidos—no recordamos si de trescientos o de tres mil millones de dólares... A estas alturas, un cero más o menos importa poco. Al acreedor soviético, y a su otra sucursal, que aquí es la del Gobierno de Praga, no les quedará, seguramente, con respecto al noble y desgraciado pueblo magyar, otro remedio que el de la triste e irónica glosa del epigrama famoso

le habrán de enterrar de balde,
al no hallarle una peseta.

De Rumania y de Bulgaria, hemos hablado ya. "Las semillas de la guerra" han sido, de nuevo, sembradas. En Nueva York se pasará, sobre las mismas, el fatídico rulo que apisonará la tierra, para hacerla más cruel y más impermeable, y así pueda, dentro de pocos lustros, germinar, otra vez, el odio. "Nisi Dominus..."

Símbolo de aquel odio es la renovada persecución, ya citada, contra todo lo que es santo, de que es teatro Yugoslavia. Si Europa estuvo, siglo y medio, según frase feliz, en pecado mortal al haber consentido la disgregación de Polonia, está ahora en perpetuo estado de miseria al empeñarse en no llenar el vacío que dejara Austria-Hungría y este vacío, al dar beligerancia de nación—la grotescamente nacida Yugoslavia—a hordas de mal vivir, que tiranizan las antes risueñas regiones croatas y eslovenas, ha hecho que aquellas levantasen osada cabeza al sentirse protegidas por el coloso moscovita. Que otra cosa no han sido estos salvajes atentados contra aviones americanos, culpables del más horrible "pecado" de hoy: la falta de salvoconducto; contra la Marina británica. Atentados que en tiempos mejores no hubieran tolerado pabellones que, por lo menos, no se arriaban ante los piratas de profesión.

Estas son las duras perspectivas de la Paz, tranquilidad en el orden, según la clásica definición tomista, imposibles en una Europa apóstata, y desconocedora, por lo tanto, de qué cosa es orden, y más aún, de qué cosa es tranquilidad.

Luis Creus Vidal.



31 de Diciembre de 1946

LA GRAN AMENAZA

Tomemos unas efemérides de sucesos de estos últimos tiempos; ojeémoslas reteniendo en la memoria los datos más destacados de su contenido, y veremos cómo un nombre sobresale con caracteres especiales por su reiteración en el diario acontecer: RUSIA.

Casi no hay acontecimiento mundial, de mayor o menor resonancia, en que de manera directa o indirecta no se manifieste esa intervención. Esto hace pensar si el arte de la política y la diplomacia habrá pasado a ser exclusiva de dicho pueblo, aun cuando sea una diplomacia *sui generis*. Unas veces ladinamente, otras descarada y brutalmente, a la larga siempre va logrando su objetivo, siempre va saliendo adelante. Sea con intransigencia a ultranza, sea con apariencias de ceder, punto por punto la vemos prosperar en sus propósitos.

El Mundo vivió veinte años sin que apenas tuviera el nombre de Rusia otro significado que la ocasión de referirse a los horrores y penalidades allí sufridos. Mas ahora parece cual si se tratase del desquite de tan prolongado silencio y apartamiento:

La cuestión de Persia, el dominio del Danubio, la guerra china, Egipto, Siria, Líbano, peticiones para participar en el control del Japón, ocupación de Corea, primera fase del llamado problema español, cuestión de la peligrosidad de Grecia, tropas anglosajonas de ocupación, conferencia de la Paz, Trieste, segunda fase de la cuestión española, etc. Bien puede decirse que vivimos en una continua angustia rusa; cada día nos podríamos formular la pregunta de cuál sea la nueva maniobra con que nos sorprendan.

Con arte insuperable prevé y prepara el personaje que ha de servir en la situación: Tito en Yugoslavia; Dimitrof, en Bulgaria; Togliati, en Italia; Thorez, en Francia, y hasta en la O. N. U., con Lie, aquel desconocido ministro noruego que con tanta insistencia apoyara Rusia para su elección de secretario general, y que ahora empieza a mostrar con su actuación el deber de obediencia que contrajo con quien le llevó a aquel puesto, siendo instrumento de los manejos a que nos referimos.

Llegado el momento de actuar la situación viene siendo casi siempre la misma: imposición y exigencia rusas, a las que, en el mayor número de los casos, sólo correspondió la transigencia y paulatino allanamiento de quienes podían oponerse. Y eso ¿por qué? ¿Qué tiene Rusia que le dé derecho a esa dominante actitud, a esa constante intromisión, a esa persistente obstrucción y a esa transigente sumisión de los otros? ¿Estamos ante la crisis de Occidente?

HECHOS

Empecemos por lo positivo.

El estudio de los hechos nos permite adivinar dos móviles o tendencias en la razón de ser de las actividades soviéticas: una, política, y otra, sectaria. Ambas no sólo no se excluyen, sino que en gran manera concurren y se complementan.

Advertimos así: un ansia imperialista, que en momentos parece ceñirse a objetivos limitados y concretos, y otras veces se extiende, a través de ellos, a aspiraciones de dominio mundial; y un programa doctrinal destructivo y demoleedor de los principios básicos de la civilización cristiana, una de cuyas manifestaciones destacadas es el odio y la persecución de la fe católica.

A propósito de la primera los designios de grandeza de Rusia podrían, actualmente, definirse como sigue:

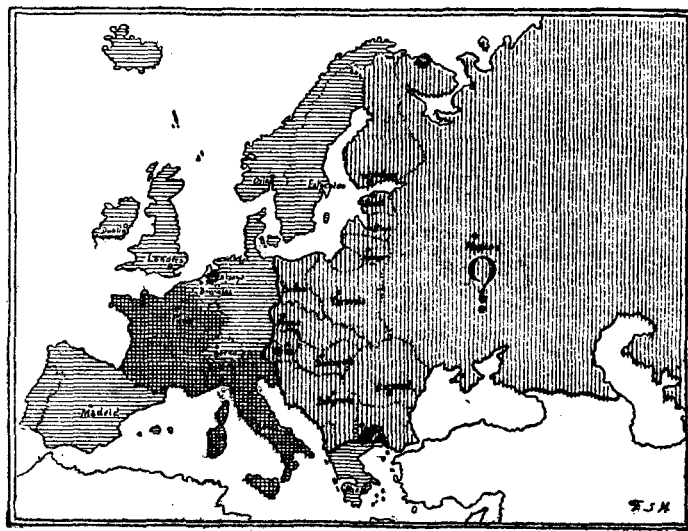
1) Consolidar el poder soviético sobre la mitad de Europa que ocupa con sus tropas.

2) Evitar la unión del resto, tratando, por aislado, con progresiva metamorfosis de sus respectivos gobiernos de irlos asimilando al régimen soviético.

3) Dominar el Adriático, el Mar Egeo y el Mediterráneo oriental, para aislar a Turquía, la que así se vería obligada a pactar y a abrir la puerta de aquél.

4) Explotar los nacionalismos árabes contra la Gran Bretaña (caso de Persia, p. e.) y contra Francia (revoluciones argelinas).

Entretanto que en el extremo Oriente la Mongolia exterior queda definitivamente anexionada a la Unión Soviética



a costa de China; la isla Sakhalin y las Kuriles, con el aseaso aliado, han pasado a Rusia a costa del Japón; controlando además económicamente Mandchuria y parte de Corea.

Por lo que a la segunda tendencia se refiere el objetivo principal consiste en desacreditar a la Santa Sede, centro espiritual unificador de todo el orbe. Rusia sabe lo que significa para su obra la existencia del Vaticano. Su enemigo más odiado ha sido, es y será el Cristianismo, por eso, contra él emplea sus mejores hombres y su más encarnizada dialéctica.

En este sentido la actividad soviética se puede resumir en dos palabras: aislar y desacreditar. Respecto de la primera se pretende tanto en el plano material como en el espiritual. Rusia se va adueñando de Italia; Italia va evolucionando a marchas aceleradas hacia el comunismo. La implantación de éste y el pase de dicha península a la esfera de influencia soviética será un triunfo más; ampliará el número de territorios controlados, pero más que nada servirá para aislar y dejar en más evidente indefensión ese minúsculo Estado que es la Ciudad del Vaticano, con lo que contiene y representa.

La Iglesia se encuentra cada vez más sola frente al peligro comunista; ese aislamiento es una de las victorias más preciadas de la astucia soviética.

Su situación de privilegio en la O. N. U. y en el Consejo de Seguridad, en razón de los derechos adquiridos por su cooperación durante la guerra, le han dado una nueva oportunidad en ese sentido: la de cerrar la puerta al Cristianismo, considerado como tal, en las Conferencias de la Paz. Que la voz de la Iglesia y su sentido de la paz, no sea oída ni tenida en cuenta.

IDEAS

Pasando de lo positivo a lo especulativo hemos de hacer distinción entre el pueblo eslavo y la comunidad soviética, que se comprenden en Rusia. El primero constituye un ente permanente del que la segunda es sólo una fase.

Con uno u otro carácter merece destacarse cómo ya a mediados del siglo pasado se presentía la trascendencia futura de esa fuerza. Dos filósofos y un gran pensador nos hablan de ello. Los tres coinciden en apreciar el papel importante del pueblo ruso. Sus palabras pronunciadas con esa antelación constituyen un testimonio tan impresionante que no resistimos la tentación de reproducirlas.

Eugenio María de Hostos, filósofo portorriqueño, nacido en 1839, en el capítulo titulado "Siglo XX", de su obra "Hombres e ideas", nos presenta su visión anticipada de este siglo. Considera el problema únicamente en cuanto a pueblo o raza, y nos dice:

"Con el siglo XX, la civilización va a poner a prueba las aptitudes de la cuarta y última familia ariana. La primacía de la familia germánica termina con el siglo. Va a empezar el predominio de la familia eslava".

Alega como razón de éste un aspecto meramente social, al decir que el pueblo eslavo "es el que está en mejor aptitud de pensamiento y tradición para empezar a resolver el problema moderno de la industria: propiedad para todos; trabajo para todos; producción y consumo para todos".

Frente a este punto de vista materialista, tenemos las ideas de Balmes y Donoso Cortés.

El primero, en su obra "Escritos Políticos", a fines de 1841, se expresaba: [1]

"Si un día estuviese destinada Europa a sufrir de nuevo algún espantoso y general transtorno, por un desborde universal de las ideas revolucionarias, o por alguna violenta irrupción del pauperismo sobre los poderes sociales y sobre la propiedad; si ese coloso que se levanta en el Norte en un trono asentado entre eternas nieves, teniendo en su cabeza la inteligencia y en su mano la fuerza ciega, disponiendo a la vez de los medios de la civilización y de la barbarie, cuyos ojos van recorriendo de continuo el Oriente, el Mediodía, y el Occidente, con aquella mirada codiciosa y astuta, señal característica que nos presenta la historia de todos los imperios invasores; si acechando el momento oportuno se arrojase a una tentativa sobre la independencia de Europa, entonces quizá se vería una prueba de lo que vale en los grandes apuros el principio católico..."

El segundo, Donoso Cortés, en su magistral discurso de 30 de enero de 1850, casi cien años atrás, sobre la situación general de Europa, ante el Congreso, decía:

"...Cuando en la Europa no haya ejércitos permanentes, habiendo sido disueltos por la revolución; cuando en la Europa no haya patriotismo, habiéndose extinguido por las revoluciones socialistas; cuando en el oriente de Europa se haya verificado la gran confederación de los pueblos eslavos; cuando en el occidente no haya más que dos grandes ejércitos, el ejército de los despojados y el ejército de los despojadores, entonces, señores, sonará en el reloj de los tiempos la hora de Rusia; entonces la Rusia podrá pasearse tranquila, arma al brazo por nuestra patria; entonces, señores, presenciará el mundo el más grande castigo de que haya



Balmes

memoria en la historia; y ese castigo tremendo será, señores, castigo de Inglaterra. *De nada le servirán sus naves contra el Imperio colosal que con un brazo cogerá Europa y con el otro cogerá la India*; de nada le servirán sus naves; ese Imperio colosal caerá postrado, hecho pedazos; y su lúgubre estertor y su penetrante quejido resonará en los polos".

Y más adelante, tras de decir que no obstante su afirmación, en la raza anglosajona está la posibilidad de salvación, se pregunta:

"¿Qué le falta a Inglaterra para impedir la conquista inevitable de toda Europa por la Rusia?"

"Lo que le falta es evitar lo que la perdería: la disolución de los ejércitos permanentes por medio de la revolución; es evitar en Europa el despojo por medio del socialismo, [2] es decir, señores, lo que le falta es tener una política exterior monárquica y conservadora..."

"... para que al paliativo se añadiera el remedio, era necesario, señores, que la Inglaterra además de conservadora y monárquica, fuera católica; y lo digo señores porque el remedio radical contra la revolución y el socialismo no es más que el catolicismo, porque el catolicismo es la única doctrina que es su contradicción absoluta. ¿Qué es señores el catolicismo? Es sabiduría y humildad. ¿Qué es el socialismo señores? Es orgullo y barbarie; el socialismo, como el rey babilónico, es rey y es bestia al mismo tiempo".

Vemos, pues, que como pueblo eslavo con tanta antelación se preveía su empuje, fuerza y preponderancia futuras.

Y eso que vieran los pensadores católicos, últimamente citados, lo vieron también los que incansablemente trabajan en el lado contrario. Esa fuerza fué presentida por la revolución, y en consecuencia quiso hacerla suya. Trabajó con denuedo, sin prisas y con constancia; supo ver los puntos débiles y, llegando hasta ellos, fué produciendo el fermento que en su día había de transformarla. Desde la fobia anticatólica del clero cismático ruso, hasta el descontento por el despótico dominio de que eran objeto las clases inferiores, pasando por todos los matices intermedios, todo fué aprovechado para producir la gran metamorfosis que ha determinado la actual fase soviética del pueblo eslavo.

Por eso decíamos que eran dos los aspectos a tener en cuenta en la gran amenaza rusa. El uno, un elemento

(1) Tomo IX, Volumen XXXI, obras completas.

(2) El concepto de éste en aquel entonces viene a ser equivalente al del comunismo en la actualidad.



Donoso Cortés

potencial, que en sí lleva el germen de su futura fuerza expansionadora; el otro, la ulterior transformación de aquel para aplicarlo en determinada forma destructiva. Algo así como lo que sucede con una gran masa de agua contenida por una presa, que en sí representa una fuerza y una amenaza de desbordamiento, y su transformación en energía eléctrica, capaz de paralizar, fulminar y destruir.

La soviétización de los pueblos eslavos es una de las grandes empresas de la revolución. Así se da el caso de que el segundo de los dos aspectos aludidos, siendo una fase del primero, ha venido a ser su elemento impulsor y determinante de su anunciado desbordamiento.

La amenaza es grave. Inglaterra está decaída; por doquier la agobian conflictos de difícil solución; el peso de Europa sería demasiado para ella. Norteamérica posiblemente llegará a cansarse de este costoso embrollo del intervencionismo. Sin duda Rusia no pretende otra cosa en su plan de sistemática obstrucción a la política de aquélla. Puede muy bien llegar un día en que, hastiada de gastos y querrelas, decida desentenderse, retirar sus tropas del Continente y dedicarse a sus propios problemas. La situación de Francia y la de Italia no permite hacerse muchas ilusiones respecto

a su porvenir. Entonces nos encontraremos ante el día, previsto por Donoso Cortés. *En Europa ya no habrá ejército ni fuerza que pueda oponerse al alud soviético.*

DEDUCCIONES

Insistimos una vez más. No cieguen las apariencias. El testamento de Pedro el Grande y las ambiciones de dominio mundial, son frases convencionales, que incluso pueden ser ciertas; pero mucho más lo es que tras de todo eso hay un movil ulterior.

Rusia afecta, claro está, ambiciones territoriales para disimular sus verdaderas intenciones proselitistas y destructoras de la fe cristiana. No cesará en sus esfuerzos hasta conseguir el mayor imperio del mundo; un imperio donde quede desterrada la idea de Dios y la Jerarquía católica. A través de su doctrina tenderá a expansionarse por todas las naciones del orbe civilizado; pero no olvidemos que esas conquistas geográficas serán siempre un medio, no el fin que de las mismas se pretende.

Rusia no busca la justicia ni el bienestar para el obrero; ni lo ha buscado ni lo ha logrado, y en el fondo ni le importa. Rusia es la revolución y su instrumento. Rusia lo que pretende es acabar con las ideas de religión, patria y familia, básicas en la concepción cristiana de la vida.

No es tan de temer la expansión dominadora de tipo exclusivamente político o económico, o de ambos a la vez, de existir. Es temible la destrucción espiritual que las inspira.

Si en alguna parte ha encontrado resistencia esa expansión; si la vemos teniendo que forcejear para superar esa resistencia; no ha sido por obra de ningún partido político, pues todos ellos están desprestigiados desde hace mucho tiempo, sino única y exclusivamente por la reacción del sentimiento cristiano. En los países dominados por Rusia sólo se habla de oposición y persecución de los elementos católicos, lo que actualiza las palabras citadas de Balmes.

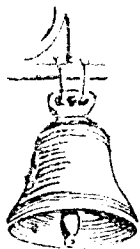
Tales son, como fueron y serán, las dos fuerzas que están frente a frente; fe y ateísmo; catolicismo y sectarismo; el Bien y el Mal.

Y en esa lucha dura y difícil, que existe y que creciente se avecina, no caben transacciones; transigir es fenecer. Cada transigencia es un paso hacia la derrota. Solo cabe firmeza y decisión. Resistir no es vencer, resistir es perder. La historia lo demuestra. Si queremos superar el peligro hace falta acción decidida e intransigencia a ultranza, sin ceder ni pactar, pues con el Mal no caben fórmulas ni componendas.

Fernando Serrano y Misas

SED FUERTES EN VUESTRA FE

DOS CAMPOS OPUESTOS: POR CRISTO Y CONTRA CRISTO; POR LA IGLESIA Y CONTRA LA IGLESIA.



Pío XII a los romanos.
Domingo, 22 de diciembre,
1946

Desde la tierra de Roma, el primer Pedro rodeado de las amenazas de un poder imperial, lanzó su grito de alarma: «SED FUERTES EN VUESTRA FE». Desde esta misma tierra repetimos hoy, con redoblada energía, ese grito dirigido a vosotros, cuya ciudad natal es ahora lugar de incesantes esfuerzos para volver a encender la hoguera de dos campos opuestos: *por Cristo y contra Cristo; por la Iglesia y contra la Iglesia.*



El Paneslavismo mesiánico:

Otro racismo inadmisibile

Dentro de veinticinco años, de cada dos europeos uno será eslavo. Las estadísticas demográficas con su implacable frialdad no dejan lugar a otro pronóstico. Incluso ni una nueva guerra podría retrasar el avance continuo de esta raza más allá de unos cincuenta años (1).

Este acontecimiento ineluctable es pródigo en consecuencias. De momento, sólo enunciaremos una: todas las inquietudes espirituales, todos los problemas y afanes del alma eslava no pueden ya dejar de sernos desconocidos, como tal vez hasta ahora ha ocurrido. El peso de los doscientos sesenta y cinco millones de eslavos gravitando sobre nosotros nos hace sentir su llamada y nos fuerza a tomar una posición ante sus peculiares concepciones del mundo, del hombre y de Dios.

Las líneas que siguen a continuación, no tienen otra pretensión ni aspiran a otra cosa que a facilitar la adopción de un interés propio sobre una de las cuestiones más interesantes del mundo eslavo: su ideal mesiánico.

I

El eslavismo mesiánico, salvador del mundo

Existe en Rusia una idea fija, obsesionante, que corre de generación en generación, a la que no importa exista zarismo o bolchevismo, pues igual sienta al ánimo de monarcas o déspotas. Este ideal es el mesiánico de que Rusia y con ella el mundo eslavo, está llamada a ser faro y guía de los pueblos.

Este ideal nacido al calor de las luchas religiosas internas de los siglos XVI y XVII, se concreta en la fórmula de la llamada "Tercera Roma" (2), cuyo zar situado en Moscú, tendría bajo su cetro espiritual y material a la vez todo el mundo conocido.

Los eslavófilos en el siglo XIX se sintieron portadores de esta antigua idea y rechazando todo contacto con Occidente apelaron a la sangre eslava y a sus innatas virtudes, augurando un futuro y triunfal destino para la "Santa Rusia". En nuestros días, los marxistas ligan el mesianismo proletario a la idea del mesianismo ruso —Rusia del brazo con las clases oprimidas de todo el mundo a la cabeza de todos y al dominio universal— "y de este modo transforman aquel viejo anhelo en una fuerza explosiva capaz de volar fortalezas seculares" (3), y por otro buen número de nue-

(1) Véanse los siguientes datos suministrados por la Sociedad de Naciones y tomados de «La Vie Intellectuelle», julio 1946:

	NÚMERO DE HABITANTES EN MILLONES		
	1940	1955	1970
Europa	573	635	668
U. R. S. S.	174	216	251
Bloque eslavo	88	99	105
Parte del bloque eslavo	44%	49,5%	53%

(2) Véase CRISTIANDAD número 59 de 1946.

(3) I. Kologuiwoff. — *Metafísica del Bolchevismo*, Madrid 1946.

vos eslavófilos pero de signo antibolchevique airea, con más o menos brío, la bandera mesiánica rusa al suponer que del Oriente —Rusia— partirán hacia Occidente las soluciones de la crisis europea.

La innegable crisis actual del mundo típicamente "civilizado" y el triunfo de las armas e ideología rusa, han suministrado nuevos argumentos a la antigua idea eslavófila que es profesada por escritores no rusos inclusive en su afán por buscar panaceas lejos de donde verdaderamente pueden hallarse.

Dostojewsky, "cristiano sin Cristo" y con profundo odio hacia la Iglesia católica, decía de Rusia que era "el cuerpo místico de Cristo, la verdadera cristiandad, el pueblo escogido... La humanidad había de hacerse rusa, Rusia, será el imperio de los destinos ecuménicos" (4).

Schubart nos dice "la Roma neroniana se transformó en la Roma de los Santos Padres. ¿Por qué no ha de transformarse el Moscú de la Tercera Internacional en una tercera Roma?" (5).

Todo este eslavismo se dirige contra la Iglesia católica a la que se le acusa de formalista, desprovista de espíritu cristiano, impregnada de conceptos legalistas romanos, opresora de la libertad. La unión universal de iglesias que la iglesia rusa patrocina, las admite a todas en un pie de igualdad. El propio Berdiaeff, dice que "la verdadera Iglesia universal es sencillamente el universo transformado gradualmente en el Reino de Dios... Por eso una unión de las iglesias en el sentido católico de la subordinación de todas a una, constituye una idea falsa, una idea esencialmente insincera" (6).

Ante todo esto, y mucho más que pudiera decirse, pero hay que tener en cuenta que sólo apuntamos ligeramente este tema, ¿qué actitud podrá racional y cristianamente adoptarse?

II

El mesianismo ruso no puede sostenerse

Con completa independencia de que exista o no bolchevismo, el mesianismo de Rusia o de los países eslavos no puede ser admitido (7).

(4) Dostojewski se encuentra en la línea de Noniakov, Bielgaev, Trubesky, es decir de los que creen que «a la fracción de la Iglesia sometida a la jerarquía romana, pertenecen los que realizan la doctrina de Jesucristo de un modo exterior y legal», según acertado criterio de Montero Díaz en «Rev. Est. Políticos», p. 127 y sig.

(5) A juicio de este mismo autor, lo mesiánico nace en el purgatorio del tormento, porque «cuanto más profundamente sufre el hombre, tanto menos dispuesto está a contentarse con el mundo que le rodea, tanto más desea ser redimido del mismo en vez de sentirse amparado en él»: «Europa y el alma del Oriente», Madrid 1946.

(6) Citado por N. Schubart en ob. cit.

(7) Expresión del mesianismo «blanco» son estos párrafos de Merejkowsky: «¿Os da miedo la Rusia roja? pues bien, esperad. La Rusia Blanca será mucho más terrible. El hierro que se calienta en la forja dice a la llama: basta, ya estoy al rojo. Pero la llama contesta: espera, vas a ser blanco. La forja divina que ha abrasado a Rusia hasta el rojo, la abrasará también hasta el blanco. La Rusia roja no os quemará, europeos. Esperad: La Rusia blanca os quemará...» Montero Díaz, art. cit.

Keyserling —para citar a un escritor báltico, conocedor del problema— no admite esa pretendida superioridad de lo eslavo, al decirnos en el prólogo a su más conocida obra “Europa —análisis espectral de un continente” (8) que: “como tales pueblos, todos los pueblos son en primer término horribles, lo nacional en sí mismo no está ligado a valor alguno en ninguna nación... Somos todos pecadores y carecemos de aquella gloria que debíamos tener ante Dios; somos todos limitados... todas las excelencias aparecen compensadas por desventajas correlativas... Evidentemente sólo puede hablarse de valor en las naciones refiriéndolo al individuo Único, pues todos los valores tienen en el único un exclusivo exponente. De aquí se deduce asimismo que el individuo único es siempre más que un pueblo, sea éste el propio o el ajeno. Fundamentalmente los valores no se refieren a las masas”. Y más adelante afirma certeramente que “ningún pueblo como tal posee valor de eternidad, pues sólo el sujeto único se halla en relación inmediata con el absoluto”.

Tampoco ningún ruso católico admitió nunca ese mesianismo, exacerbación nacional del alma eslava (9). Soloviev, principalmente, cuidó mucho de puntualizar bien esta cuestión, interpretando muy de otra manera el papel que Dios reserva en la Historia al mundo eslavo en general y a Rusia en particular.

Porque, ¿qué es a fin de cuentas el eslavismo si no una suerte de racismo? Se basa igual que él en la creencia en la bondad intrínseca del hombre ruso. “Los rusos eran cristianos antes de convertirse al cristianismo”, nos dice Schubart (10). Los rusos son religiosos por naturaleza, son humildes, desprecian al dinero, tienen innata la prontitud para el perdón, aman al infinito... todo ello es repetido en mil formas por los eslavófilos antiguos y modernos, por los cristianos ortodoxos y por los bolcheviques (que en donde se lee “ruso” lo sustituyen por “proletario”).

¿No es esto suponer todas las cualidades en una determinada raza y de una forma innata, un naturalismo más?

Bien puede aplicarse a Rusia aquellas frases pronunciadas para la Alemania nazi por el Cardenal Foulhaber en sus célebres sermones de la Navidad de 1933 en Munich: “Un joven que siempre oye hablar con grandes alabanzas de la santidad de su raza, fácilmente viene a pensar, contra lo que le manda Dios y su Iglesia, que no tiene ya tanta obligación moral de huir de los peligros de la humildad y la castidad” (11).

El eslavismo mesiánico es absorbente en tanto que el verdadero patriotismo está abierto hacia todos los pueblos, aspira a intercambiar con ellos las excelencias y virtudes recíprocas y reconoce humildemente los errores, faltas y pecados individuales y colectivos.

El Cardenal Mercier nos recuerda que “toda suficiencia viene de Dios. La salvación no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios misericordioso; si pues, no tenemos nada que no hayamos recibido, ¿por qué glorificarnos como si viniéramos de nosotros? Nada hay en nosotros de que podamos envanecernos; la sola actitud razonable del hombre es la de la abnegación y la humildad (12)”. “Si, pues —sigue diciendo Mercier y estas palabras que dedica al hombre son perfectamente aplicables a las naciones—, no tengo nada y no puedo nada, si no cabe que abrigue la menor pretensión, si mi lugar se halla en lo último, en la nada, ¿de dónde me vendrá la salvación?... ¡Ah! aquí la respuesta del Evangelio: os ha nacido un Salvador que es Cristo Jesús”.

Realmente, la salvación del Occidente, no está ahora— como no lo estuvo antes en dejarnos embargar por el alma

(8) Cfr. Keyserling, *Europa*, Espasa-Calpe, 1929.

(9) Cfr. Gondal, *L'Eglise Russe*, París 1901 y Theiner, *L'Eglise Schismatique*, París 1846.

(10) Schubart, ob. cit.

(11) Foulhaber, *Judaísmo, Cristianismo, Germanismo*, Valencia 1935.

(12) Zaragüeta, *El concepto católico de la vida según el cardenal Mercier*, Madrid 1941, pág. 405.

hindú— en la asimilación de las pretendidas virtudes eslavas, sino que se salvará, no el Occidente, sino el Oriente, Rusia y los eslavos comprendidos —todos tenemos necesidad de salvación— (13) mediante el retorno al cristianismo, la vuelta a la vida sobrenatural de la Iglesia.

La salvación del mundo, no es el eslavismo, sino el Evangelio, defendido por la Iglesia, columna y fundamento de la verdad y que “es única para todos los pueblos y para todas las naciones, y bajo su bóveda que cobija como el firmamento, al universo entero, hallan puerto y asilo todos los pueblos y todas las lenguas y pueden desarrollarse todas las propiedades, cualidades, misiones y cometidos que han sido señalados por Dios, Creador y Salvador, a los individuos y a las sociedades humanas” (14).

III

La verdadera misión de Rusia

La magnífica personalidad de Soloviev, “el Newman ruso”, ha trazado ante la oposición de la mayoría de su pueblo la verdadera interpretación del papel de Rusia en el mundo y ante la Historia.

Dice Soloviev, y su sentir es indudablemente el justo: “¿Cómo ha de salvar Rusia al mundo, mensajera de universalismo, si ella misma no lo posee y su Iglesia oficial, la Iglesia Ortodoxa menos que nadie? Es ésta una iglesia nacional sin la menor autonomía, subordinada totalmente a los poderes del Estado. Es una iglesia tan muerta que al otorgarse la libertad religiosa la mitad de los campesinos ingresaron en el “Raskol” (cisma) y una gran parte de los elementos cultos del país en el catolicismo. La idea religiosa universal, no puede apoyarse ni en la iglesia nacional rusa, ni en el pueblo ruso. La misión de Rusia sólo puede consistir en otorgar con su reconocimiento a la verdadera Iglesia Universal, hecha realidad en la Iglesia Romana como fundamental principio, aquella prepotencia indispensable para la regeneración de Europa y del Mundo” (15).

Y aun más valiente y mejor, dice así “el padre del catolicismo ruso”: “el amor de la patria rusa, no me inspira ninguna idolatría. La amo, pero discierno sus errores; la amo pero condeno sus injusticias presentes o pasadas. Deseo una Rusia más grande y más bella, pero eso no significa una Rusia más dominadora o más violenta; deseo y espero una Rusia más limpia y más moral y una Rusia más cristiana... espero una Rusia más deseosa de someterse a Dios que de conquistar pueblos... Una Rusia influyente menos por sus armas que por su fe y su caridad, una Rusia que sea grande porque, apóstol en el mundo, ella magnificará en él la idea universalista de Jesucristo, ella desarrollará en él el Cuerpo Místico de Jesucristo, ella glorificará la santa y única Iglesia de Jesucristo, la Iglesia Católica, devenida por la accesión de Rusia, más perfecta y más visiblemente católica” (16).

El jesuita ruso, Koloquiwof, atribuye otra misión a Rusia y a su torturada historia. Dice así en su obra publicada recientemente: “En toda nuestra tragedia hay una cosa que nos consuela: el hecho de que se nos haya escogido para, con nuestros errores y nuestros sufrimientos, llevar esta luz al mundo (la de demostrar con hechos lo que significa la realización de la justicia social con ayuda de fuerzas espi-

(13) Dice Maetzki: «A los ojos del español, todo hombre, sea cualquiera su posición social, su saber, su carácter, su nación o su raza, es siempre un hombre; por bajo que se muestre el rey de la creación, por alto que se halle una criatura pecadora y débil: no hay pecador que no pueda redimirse ni justo que no esté al borde del abismo... El español se santigua espantado cuando otro hombre proclama su superioridad o la de su nación, porque sabe instintivamente que los pecados máximos son los que comete el engreído, que se cree incapaz de pecado y de error.» (Defensa de la Hispanidad.)

(14) Pio IX Encíclica *Con ansia viva*.

(15) W. Soloviev, *La Russie et l'Eglise Universelle*, cit. por K. Pfeleger *Los que luchan por Cristo*, Santiago de Chile, 1945, pág. 315.

(16) Cfr. Michel Herbigny, *Un Newran russe: Wladimir Soloviev*, París 1911 y también Pfeleger ob. cit.

ritualmente perversas alimentadas por el odio y la maldad)... porque Rusia se ha transformado en un laboratorio espiritual donde se efectúa este experimento, lleno de enseñanzas para el mundo entero... a medida que la utopía marxista va desplomándose para siempre bajo los golpes de la experiencia viva, se eleva como un sol, cada vez más brillante, la idea, velada hasta hoy... la idea de una solidaridad na-

(17) Kologriwoff, ob. cit.

cional y social impregnada de positivo espíritu cristiano" (17).

Porque, indudablemente, Rusia sufre, y ese sufrimiento purificador ha de dar necesariamente su fruto. La maldita Rusia, puede ser santa y su entrada en el seno de la Iglesia Católica sería el resultado de sus tormentos. Entonces sí que podría mostrarse santamente orgullosa de la misión que le aguardará: colaborar a la obra de Roma.

José María Martínez-Mari

Ritos e Iglesias Orientales

(CONTINUACIÓN)

Los rusos, convertidos definitivamente en tiempo de Wladimiro el Grande o el Apostólico, en 986, por obra de algunos misioneros bizantinos, después de vacilar entre Roma y Constantinopla se echaron en brazos de esta última. Los patriarcas de Kiew y Moscú dependieron de Constantinopla. Pero en 1856, Moscú se creyó, y con razón, tan autorizada como Constantinopla para tener un patriarcado independiente.

Las iglesias de Bulgaria, Serbia y Rumanía, imitando al ejemplo de Rusia, se independizaron en lo religioso desde que los respectivos países lo fueron en lo político.

"Sería un grave error considerar las Iglesias cismáticas de rito bizantino como formando una especie de confederación eclesiástica. Nada hay más contrario a la realidad. Cada una entiende quedar como dueña en su casa, y rechaza rudamente las instrucciones de las demás. Los patriarcas de Constantinopla han sufrido a menudo crueles desaires para su amor propio, cuando se han atrevido querer aconsejar a las demás Iglesias hermanas.

Actualmente, las relaciones entre esas distintas autonomías se reduce a eso: cuando es nombrado un nuevo Jefe de Iglesia, envía cartas irónicas de paz para los demás anunciando su elección, y esas le responden o no. En segundo lugar, algunas de tales Iglesias reciben de otra el santo Crisma. En varias ocasiones, el patriarca de Constantinopla, ha consultado a los demás jefes de Iglesias acerca de diversas cuestiones de disciplina. Su iniciativa no complació a todos sus colegas y muchos le dirigieron respuestas que rayaban a la impertinencia" (5).

Supeditadas enteramente por lo general al poder civil, desgajados del árbol de la Iglesia Romana y faltos por consiguiente, de savia viva, la situación de los cristianos orientales es tristemente deplorable y su existencia es lánguida y enfermiza.

Principales diferencias

He aquí las principales diferencias doctrinales que hoy nos separan de los ortodoxos.

En primer lugar ellos no reconocen a la autoridad suprema del Romano Pontífice. Para ellos es primado de honor, de preferencia, pero no de jurisdicción como creemos los católicos. Para nosotros el Papa no tiene sólo la primacía de honor, de dignidad, sino que tiene el primado de jurisdicción sobre toda la Iglesia, jurisdicción universal y directa, inmediata y plenaria.

Esta es la diferencia radical y viva.

(5) Pablo Buyese: La Iglesia de Jesús. Edit. Litúrgica Española. Suc. Juan Gili. Barcelona.

El segundo punto doctrinal en que discrepan de nosotros es la negación de la procedencia del Espíritu Santo lo mismo del Padre que del Hijo, como confesamos en el Credo. O dicho con otras palabras niegan los orientales ortodoxos el que el Hijo sea juntamente con el Padre el que "espira" al Espíritu Santo.

Toda esta controversia, originada por haber sido añadida la palabra "filioque" al símbolo Niceno-Constantinopolitano por uno de los Concilios de Toledo, ha recibido el nombre de la cuestión "Filioque".

El tercer punto es el dogma de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen y del Purgatorio.

El dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María es universalmente rechazado por los orientales ortodoxos. Todos están contestes en publicar la santidad y la virginidad de María, que tanto ensalza la liturgia oriental, pero la explicación que hacen de ella es abiertamente opuesto a nuestro dogma. "Prueba elocuente de que María fué manchada por el pecado original es que murió como todos los demás mortales", afirma Meletio Sergio. Y Lebediev, haciéndose eco del parecer ortodoxo, añade: "Algunos creen que la Virgen llegó a ser Inmaculada el día de la Anunciación, pero yo opino que lo fué junto a la Cruz del Señor; fué sí, santificada desde el vientre de su madre, pero esa santificación no consistió en gracias conferidas a la Virgen, sino en una providencia especial de Dios para que la Virgen no se contaminara con la concupiscencia.

Los disidentes oran por sus difuntos, y el hecho de esta plegaria, al par que los formularios litúrgicos, implican sin duda la creencia en un estado de espera y en un destino de tendencia aún no lograda hacia Dios. Así Dr. B. Constantinescu: "Ciertamente muchos pecadores se libran de las cadenas del infierno no por la penitencia y confesión propias, sino por las buenas obras de los vivos, y por las oraciones hechas por la Iglesia en favor de ellos principalmente por el incruento sacrificio, que la Iglesia ofrece todos los días por todos los vivos y muertos juntamente, del mismo modo que Cristo por ellos también ha muerto... Solamente la liturgia divina, las oraciones y las limosnas, que hacen los vivos por aquella alma, le ayudan a la misma en gran manera, y la libran de los lazos del infierno" (6) y Moghila—verdadero eje de la Teología ortodoxa— se expresa: "Ningún pasaje de la Escritura hace mención de que después de la muerte temporal, haya un lugar en que se purguen las almas: más aún por esto fué condenada por la Iglesia, en el Sinodo Constantinopolitano II, la opinión de Orígenes. Después de la muerte el alma no puede recibir

(6) Nilles: Kalendarium manuale utriusque ecclesie orient. et occident. 2 tomos. 1879. p. 322.

COLABORACIÓN

ningún sacramento: y si por sí misma satisficiera por sus pecados realizaría una parte del sacramento de la Santa Penitencia, y esto es contra la doctrina ortodoxa. Por eso justamente ofrece por ellas la Iglesia el sacrificio incruento y sus oraciones, pero no se purgan ellas padeciendo algo. Respecto a narraciones fabulosas de algunos, sobre las almas de aquellos muertos que no hicieron penitencia, como sintieran alguna pena, en un río, o en un estanque o lagunas, nunca las recibió la Iglesia" (7).

Cuando hablan, pues, del purgatorio lo que niegan no es el purgatorio mismo, sino ciertas precisiones y detalles del dogma, como el carácter expiatorio de las penas y la naturaleza ígnea del tormento.

Más notable es en este mismo orden de cosas, semejante a la de nuestro Juan XXII, la opinión, según la cual las almas no poseen, después de la muerte y antes del juicio universal, una bienaventuranza completa y los justos no gozan definitivamente de la posesión de Dios.

El cuarto punto es de la forma del Sacramento de la Eucaristía que es para ellos la "epiclesis". La transubstanciación opérase no en virtud de las palabras de Cristo: "Este es mi cuerpo...", sino de la epiclesis o invocación del Espíritu Santo, que sigue al recitado consacratorio.

Oigamos al mismo Moghila: "Es de advertir que el sacerdote ha de tener intención en el tiempo de la consagración de que se realice la transubstanciación de la misma y verdadera substancia del pan y de la substancia del vino en el verdadero cuerpo y sangre de Cristo por la operación del Espíritu Santo. Cuya invocación hace en este momento para

que realice este misterio, orando y diciendo: "Enviad vuestro Santo Espíritu sobre nosotros y sobre estos dones aquí presentes y haced, transmutándolo por vuestro Santo Espíritu que este pan sea el preciosísimo cuerpo de tu Cristo, y esto que está en el cáliz la preciosísima sangre de tu Cristo.

Por que en seguida al decir estas palabras se obra la transubstanciación y se convierte la substancia del pan en el verdadero cuerpo de Cristo y el vino en la verdadera sangre de Cristo, permaneciendo solamente las especies visibles..." (8).

Respecto al matrimonio, la Iglesia griega admite ocho casos de disolución de vínculo, entre ellos:

1.º el adulterio cometido por el marido con una mujer casada o el cometido por una mujer con un hombre cualquiera;

2.º la conjuración contra el Estado acompañada del destierro;

3.º la ausencia prolongada más allá de tres años;

7.º el cambio de religión, verificado después del matrimonio, aunque sea para abrazar el Catolicismo o el Protestantismo;

8.º la condenación del marido a una pena infamante.

El canonista Melecio Sakellaropulos llega a escribir: "La Iglesia no tiene obligación alguna de atenerse a la letra de la Sagrada Escritura, según la cual la muerte sola o el adulterio dirimen el matrimonio" (9).

P. Francisco Pall, S. J.

(Continuará)

(7) Pedro Moghila: *Confessio Orthodoxa*. 1640.

(8) P. Moghila. O. C.

(9) Nicolás M. Neguerela: *Lecciones de Apologética*. Ed. Internacional. Madrid. 1944. p. 476.

OLIVA, EL GRAN PATRIARCA DE LA EPOCA CONDAL DE CATALUÑA

El gran abad y obispo Oliva, que vivió en la transición del siglo X al XI, tuvo la alta misión de infundir con su acción y con su obra el más poderoso aliento de espiritualidad cristiana en la civilización de aquella Cataluña —aquella Marca o tierra fronteriza del mundo musulmán— que nació con esfuerzo heroico entre los riscos del Pirineo. La celebración del noveno centenario de este varón preclaro nos invita a meditar sobre aquellos tiempos de hierro de nuestra historia, en los cuales, sin embargo, no faltó, en medio de la dureza de la lucha reconquistadora, la sagrada unción de la religión de Cristo, a cuyo constante influjo se iba suavizando la rudeza de las costumbres, moderando el ímpetu de las pasiones desencadenadas y señalando a aquellos rudos hombres de guerra un ideal de paz y bienandanza situado más allá de esta vida pasajera. Período de grandeza épica aquél en que vivió nuestro gran abad. En medio del grupo de aquellos reyes soberanos de los Condados catalanes se yergue, con la santa arrogancia de la humildad cristiana, la figura de Oliva dando sentido espiritual a aquel epílogo de la primera época condal y a aquel preludio de la segunda que había de ir derechamente a desembocar en un porvenir de civilización más asentada, más firme, más madura. Oliva, no sólo nos da la clave de la interpretación de su época, sino que es la figura más eminente, el verdadero centro de aquella legión de héroes y de santos que preside el laborioso nacimiento de Cataluña entre el sangriento chocar de las armas y el rugir de pasiones enoaspadas. En una palabra, me atrevería a afirmar que con el gran abad Oliva empieza definitivamente la época de la civilización ca-

talana y que es él quien deja firmemente asentada la piedra angular del edificio de nuestra cultura.

No deja de tener importancia y significación el hecho de que el primer gran educador de la gente catalana haya sido un vástago de la estirpe de nuestros Condes. Biznieto de Wifredo el Velloso, el fundador de la dinastía condal, hijo de Oliva Cabreta, conde de Besalú y Cerdaña, nuestro Oliva ejerció el poder soberano junto con sus dos hermanos durante buen número de años. Así, pues, cuando a los 32 dejó el mundo para vestir el hábito de los hijos de San Benito, llevaba ya algunos años de aprendizaje en el arte de gobernar. Sus grandes dotes de gobernante quedan bien demostradas por la rapidez de su ascenso en los grandes cargos de gobierno que ocupó durante su vida. Después de haber entrado en el monasterio de Ripoll, a los 32 años, fué elegido abad del mismo y del de Cuixá a los 40 años y luego obispo de Vich a los 50.

Los primeros firmes destellos de la civilización y la cultura catalana fueron los que brotaron de sus manos abaciales y episcopales, de las que podríamos decir que cada bendición suya hacía surgir de nuestra tierra un monumento o una institución. El genio de Oliva fué eminentemente constructor. Constructor en sentido amplio, porque no se contentó con perpetuar en las piedras de los templos el testimonio y el recuerdo de su actividad creadora; era todo cuanto producía su espíritu organizador y su genial iniciativa lo que proclamaba la alta misión histórica a la que le había destinado la divina Providencia. Porque Oliva asentó los fundamentos de nuestra cultura en todos los órdenes y agotó

las posibilidades de la civilización de su época y de su tierra. Es de grandeza excepcional su figura como constructor. Dejando a un lado una larga serie de iglesias por él consagradas, quiero solamente recordar la reconstrucción de la Seo de Manresa, la construcción de la Basílica de Ripoll y de la nueva Catedral de Vich, la restauración de San Miguel de Cuixá y la fundación del Monasterio de Montserrat. El comentario más digno de la grandeza de la Basílica de Ripoll, la más importante de las obras construídas por Oliva, es el que escribió él mismo en aquellos versos:

*Presul Oliva, sacram struxit hic funditus aulam
.....semper ad alta nitit.*

La grandeza del abad Oliva como impulsor de la cultura es de proporciones tan considerables como la que tiene como constructor. Podríamos decir que ésta es, en el fondo, el símbolo de aquélla. Como escribe el P. Albareda: "Oliva fué un gran potentado.. que derramó con prodigalidad munífica las riquezas de que disponía", no sólo en la construcción suntuosa de los edificios, sino también en la adquisición de códices preciosos para las bibliotecas de sus monasterios y de todo lo necesario para la educación artística e intelectual de sus monjes. En el dominio de las artes, Oliva fué experto conocedor de todas las de su tiempo. Su obra escultórica, en particular, significa una verdadera anticipación, porque en su época el ornamento de las iglesias no era la escultura, sino la pintura. Dirigió activamente los *Scriptorium* de Ripoll, Vich y Cuixá. Obras salidas de ellos, que aún se conservan, proclaman su importancia. Basta aquí indicar que fueron dos las civilizaciones que confluyeron en el *Scriptorium* ripollense: la visigótica y la greco-arábiga. Hoy se admite como indudable que el monje Gerberto (después Papa Silvestre II), que había estudiado en Ripoll antes del abad Oliva, fué el que introdujo en la Europa cristiana el uso de las cifras arábigas que había aprendido en Ripoll, donde había estudiado matemáticas, música, astronomía y otras ciencias ignoradas en otras partes de Europa. Acerca de la importancia de la biblioteca de Ripoll, bajo el gobierno de Oliva, Rudolfo Beer ha afirmado que ninguna biblioteca de la península ibérica, exceptuando quizá Toledo, puede presentar una lista tan larga y tan interesante de códices como la de Ripoll. Los monjes no solamente adquirían y copiaban libros en Ripoll; también leían, estudiaban y escribían. El abad Oliva sembró en Ripoll una fecunda semilla de cultura, que germinó ya en su tiempo y en el posterior en los escritos de varios monjes de aquel monasterio. Tres o cuatro escuelas se formaron en Ripoll bajo la égida de Oliva: la historiográfica, la poética, la musical y la hagiográfica. Por efecto del magnífico impulso dado por Oliva, el movimiento intelectual de Ripoll elevó a aquella pequeña Cataluña del siglo XI a un alto nivel de cultura, haciéndola digna de rivalizar con los más civilizados pueblos cristianos de Occidente.

Tan interesante como la herencia espiritual del abad Oliva que germinó y fructificó en las siguientes generaciones, resulta el ambiente de espiritualidad y de cultura, en el que se formó y se educó su inteligencia al retirarse de los honores mundanos y renunciar a la corona condal para ceñirse la cabeza con la tonsura de los hijos de San Benito al abrigo de los muros del monasterio ripollense. Consta que en este monasterio encontró ya formada una tradición de cultura no por reciente menos respetable. Los anales del Monasterio nos informan que en 1002, año en que Oliva abrazó la vida monástica, ya había pasado por sus aulas el antes mencionado Gerberto, uno de los talentos más esclarecidos de aquella época, el cual derramó su sabiduría años más tarde desde el solio de San Pedro, que ocupó con el nombre de Silvestre II. Oliva —que entonces era niño— no conoció personalmente al sabio monje francés cuando, procedente de Aurillac, vino a Cataluña recomendado por su abad al Conde Borrell. Pero muchos biógrafos de Oliva ad-

miten con serio fundamento la probabilidad de que los grandes elogios del sabio ilustre que en su infancia había oído repetidamente de labios de sus familiares, contribuyó en gran medida a su vocación monástica.

El origen de esta vocación un tanto tardía parece haber de buscarse en el conocimiento y trato personal que tuvo Oliva en su juventud con dos personajes, ilustres por su santidad, que vinieron a hospedarse en el monasterio de San Miguel de Cuixá, siendo él aún joven: San Romualdo y San Pedro Urseolo, Dux de Venecia, el cual acabó por hacerse monje de dicho Monasterio, donde tuvo una santa muerte. La visita de estos dos Santos a aquel monasterio catalán es una de las páginas más interesantes y sugestivas de la historia de la espiritualidad catalana en aquellos remotos siglos. San Romualdo, el célebre fundador de la Orden monástica de los Camaldulenses, pasó larga temporada en aquel monasterio, y el joven Oliva tuvo ocasión de trabar una íntima amistad con el Santo, el cual llegó a vencerle de que le acompañase en su viaje de vuelta a Italia y se hiciese monje de Montecassino. No se sabe por qué razones Oliva desistió de su primer propósito. De haberlo llevado a cabo, Cataluña hubiera perdido con todas sus consecuencias uno de sus primeros y más conspicuos educadores. ¡Qué estampa tan sugestiva podría trazarse, con el pincel o con la pluma, de aquella Cataluña primitiva en la que lo guerrero y lo monástico aparecen siempre estrechamente hermanados al impulso de unos mismos ideales: el del rescate de la tierra esclavizada y el de la expansión incansante de la luz del Evangelio por las comarcas redimidas! ¡Qué fe más robusta exigía en aquellos monjes y guerreros su constante preocupación por crear un Estado cada día más fuerte y una espiritualidad cada día más elevada teniendo aún a cuatro pasos de ellos la peligrosa frontera, siempre variable y movediza, que les separaba de la "tierra de moros", extendida todavía por muchas comarcas de Cataluña, como la Segarra y el Panadés, la cuenca del Gayá y los llanos de Urgel! ¡Qué poema heroico el que entonces se incubaba en este grandioso pedazo de nuestra historia que tiene a los Pirineos como fondo invariable del escenario en el que Cataluña, puesta su fe en Dios, da sus primeros pasos contra ingentes y al parecer insuperables obstáculos! Bien es verdad que Verdaguer escribió un hermoso poema épico —*Canigó*— sobre este tema. Pero yo hubiera preferido que el esfuerzo titánico que le costó *La Atlántida* lo hubiese sumado al que le exigió su hermosa epopeya pirenaica, para convertirla en una apoteósica exaltación de la pequeña y heroica Cataluña condal que a cada nuevo avance por tierra enemiga se sentía impelida por la bendición de su santo y sabio obispo, numen tutelar de nuestra reconquista material y espiritual.

Oliva fué para su pueblo más que un abad, más que un obispo; fué el gran patriarca de su tierra, entrañablemente querido de todos los catalanes. Nada podría demostrar este amor filial con más elocuencia que las grandes manifestaciones de duelo que provocó su muerte en toda nuestra tierra. Son varias las cartas escritas a raíz de su muerte que dan patética expresión al dolor causado por su pérdida, "Teníamos un padre —leemos en una de ellas— padre de toda la patria, Dom Oliva, de presencia y nombre deseables, y le hemos perdido". "Nuestro padre dulcísimo", le llaman en otra carta. Acababa de expirar y un monje fué enviado a los otros monasterios benedictinos de la archidiócesis narbonense, llevando el triste mensaje en una carta, una "scheda lacrimabilis" en la que, al dar cuenta de la triste e irreparable pérdida se hacía el más encendido elogio del gran Obispo y se imploraba una oración de todos sus hijos, ahora huérfanos y faltos de guía. Dejad que termine este artículo afirmando que Cataluña no ha glorificado aún como debe a la prócer figura de su primer gran educador.

Manuel de Montoliu

Perfiles de S. S. Pío XII

El domingo 20 de octubre Su Santidad Pío XII descendía desde sus habitaciones particulares a la Basílica Vaticana para venerar solemnemente a la nueva Beata María Teresa de Souviran; y pasaba, en medio del pueblo romano que le aplaudía complacido, hasta el altar de la Confesión. En todo podía pensarse menos en la posibilidad de un atentado a su augusta persona. En efecto, había llegado a las 16.15 en automóvil al Sagrado Palacio, proveniente de la Villa de Castelgandolfo, donde tomaba vacaciones; la gente había acudido sin control alguno a la Basílica que había abierto a todos sus puertas fuera de la costumbre usual, porque generalmente se exige una tarjeta de ingreso; y, concluida la ceremonia, en la semioscuridad de la tarde, hora propicia para las sorpresas, Su Santidad regresó a Castelgandolfo. Todo, pues, favorecía la posibilidad de un atentado, menos el clima moral, el ambiente de Roma, donde el Papa es querido y amado, donde se le reconoce como a el salvador de la Ciudad Eterna y hay tal respeto y veneración por su persona que todos unánimemente, considerarían insensato y loco a quien se atreviese, no digamos a ofenderlo, sino sólo a criticarlo. Por eso, la noticia de la posibilidad de un atentado, cayó en el vacío, como algo falso y absurdo, a pesar de la publicidad que diarios alarmistas quisieron darle. El "Osservatore Romano" desmintió categóricamente en breves frases lo que se había afirmado como un hecho en agencias publicitarias extranjeras y todo quedó en nada. ¿Fue acaso esto una malévoa campaña de difamación? ¿O se quiere pintar a Su Santidad ante quienes no le conocen ni saben que todo Roma se levantaría indignada como una muralla para defenderlo, como un Rey a lo antiguo, temido y odiado? Roma no olvida un hecho: cuando los aviones aliados bombardearon la ciudad y destruyeron toda una zona popular con la Basílica de San Lorenzo extra muros, el primero en acudir a socorrer a los heridos, en medio del polvo y la sangre y de los muertos, fué el Papa. Las mismas autoridades italianas llegaron después, cuando el peligro había pasado. Este gesto de santa audacia le ha colocado en un pedestal de amor y de afecto, el cual nada ni nadie podrá arrebatarle. Sólo él lo ha merecido.

Pero la falsa noticia del atentado contra el Papa coloca la persona de Su Santidad Pío XII en una situación de destacada actualidad. Por eso, es justo que hablemos de ella, no ya considerándola en su aspecto espiritual como Jefe de la Iglesia, como Vicario de Cristo sobre la tierra, sino en su aspecto humano como persona de nuestro siglo que participa de las trágicas condiciones de vida de la sociedad presente. El Papa en cuanto Papa, prescindiendo de la persona que ejerza el cargo, merece toda nuestra veneración y nuestro respeto porque es la autoridad Suprema de la Iglesia; y en este sentido, cualesquiera que sean sus condiciones de inteligencia, de carácter, de corazón y de cultura, todos los Papas son iguales. Aún más, el cargo mismo les reviste de una aureola de prestigio universal como corresponde a tan alta investidura. Pero es sumamente grato comprobar que el Papa como hombre, en tal forma se adecuó al cargo que se identifica con él como acontece algunas veces. Y esto sucede con Pío XII. Todo le acompaña: su porte exterior, alto, ascético, de formas perfectas, con grandes ojos aterciopelados que al sonreír manifiestan una gran dulzura y bondad de espíritu; sus manos finas y largas, blancas como de santo; sus gestos de nobleza natural sin afectación; su vida interior,

revelada a través de su palabra, precisa y clara, sencilla y, a la vez, elegante, clásica en la forma y modernísima en los conceptos, palabra que atrae y cautiva, que seduce como la caricia de un ángel. No hay persona que al oírle en las audiencias, privadas o solemnes, no salga encantada bajo su influjo mágico y divino.

Pío XII posee grandes cualidades de inteligencia, de corazón y de carácter que le colocan entre los hombres más grandes de su siglo, posiblemente el primero. De educación clásica, posee todos los idicmas de la cultura europea y los habla y escribe perfectamente; se interesa por todos los problemas científicos y sociales del actual momento histórico y ha dado un gran desarrollo a la Academia de Ciencias del Vaticano, de la cual forman parte sabios de todo el mundo; en materias filosóficas, canónicas, teológicas y eclesiásticas, tiene conocimiento perfecto y acabado; en suma, es una inteligencia clara y abierta a todos los grandes problemas, de una precisión extremada que no olvida ni deja aparte los menores detalles y posee gran sentido de prudencia y verdadera diplomacia. Con estas condiciones naturales, sus secretarios son siempre inferiores a él; los controla y los corrige amablemente, porque jamás llegan a la altura de su concepción. Posiblemente por esto, después de la muerte del Cardenal Maglione, su Secretario de Estado y gran amigo, no ha tomado la decisión de nombrarle reemplazante. Y con tenacidad de trabajo admirable, dando ejemplo a todos sus inteligentes y distinguidos cooperadores, ha tomado sobre sí toda la complicada y multiforme labor de dicho departamento de Estado.

Si Pío XII es grande por su inteligencia, no lo es menos por su corazón, lleno de gran espíritu de apostolado y de comprensión de las debilidades humanas. Dos obras prueban este aserto: la primera, sus alocuciones a los jóvenes esposos que, regularmente, a través de varios años, semana a semana, acudían a oír sus consejos y exhortaciones, impregnadas de paternal amor. Leyendo estos discursos breves y simpáticos, se sienten las palpitations de un corazón de oro, todo caridad y comprensión, lleno de benevolencia para con los humildes, y de ternura para la vida de familia profundamente cristiana.

La segunda obra que prueba la bondad del corazón de Su Santidad es la protección a la infancia desvalida con Colonias de Vacaciones y almuerzos infantiles en los cuales ha prodigado a manos llenas los recursos y socorros recibidos de Estados Unidos y otros países. Y como algo más íntimo, podemos ver la bondad del corazón del Papa en la pequeña fiesta de Navidad que hace en familia, reuniendo en torno suyo a sus sobrinos nietos, a sus parientes, que le adoran.

La severidad de la vida de los departamentos del Vaticano, sólo se interrumpe con la voz de los niños en esa fiesta de carácter íntimo y familiar que revela en el hombre dedicado totalmente a Dios la ternura de un corazón delicado y afectuoso.

En lo que se refiere a su carácter, Pío XII, a nuestro juicio, es un temperamento apasionado sujeto al control de una gran inteligencia y una férrea voluntad, porque aprendió desde pequeño el dominio de sí mismo. Por eso, parece a primera vista impassible; pero en su interior hay un volcán de afectividad que la formación exquisitamente religiosa de su espíritu ha convertido en ardiente hoguera de amor divino. La energía íntima constringida y disciplinada de su

alma de apóstol por la inmolación de sí mismo y por el sacrificio cotidiano, le da un inmenso y raro ascendente moral sobre todos los que le tratan y le conocen, aunque sean indiferentes o arreligiosos. Todos, sin distinción, le consideran un santo, no porque realice penitencias extraordinarias, ayunos y maceraciones, etc. sino porque toda su vida en sus menores detalles, en su orden metódico, en su prudencia circunspecta, es la de un penitente, la de un hombre de Dios que domina sus sentidos y los somete a la suprema ley de la gracia sobrenatural. Su carácter afable y bondadoso, siempre ecuánime, es fruto maduro de rígida disciplina moral, linear y perfecta como una ecuación matemática. Por eso, su vida es ordenada y sistemática; celebra la Santa Misa muy temprano, generalmente a las 6 de la mañana; y el día se desarrolla en un plan ordenado, todo a hora fija, incluso su recreación por los jardines del Vaticano, en los cuales permanece una hora: único descanso a su vida de trabajo infatigable y minucioso, porque todo lo ve y lo examina personalmente con escrupulosa preocupación e interés, aún lo más pequeño o insignificante. Prepara sus alocuciones sobre los temas más variados por escrito y los aprende de memoria. De ahí la perfección de todas ellas, no sólo bajo su aspecto doctrinal, sino también literario y lingüístico. Algunas podrían presentarse como modelos inimitables de gran belleza artística y de un pensamiento profundo, elaborado en la meditación cotidiana con la agudeza penetrante de un cerebro e inteligencia excepcionales. Pío XII es una mentalidad superior; en el buen sentido de la palabra, es un aristócrata de la idea y de la forma, un artista maravilloso de la expresión oral y escrita. Oyendo sus discursos o leyéndolos

en sus numerosas obras, se experimenta un deleite espiritual inusitado y se comprende que posee una estructura mental extraordinaria, sólo por muy escogidas personas alcanzada.

Pero por encima de todas estas grandes dotes de inteligencia, de voluntad y de carácter, Su Santidad Pío XII es, antes de todo, un sacerdote de exquisita vida sobrenatural. La Caridad gobierna su espíritu y su corazón; y como San Pablo se hace todo para todos a fin de ganarlos a todos en Jesucristo. Nada le es ajeno, y todo lo sufre con paciencia y con dulzura. Por eso, aún los hombres más ajenos a la Religión, políticos y economistas, sabios y literatos, en su presencia, se sienten sobrecogidos de temeroso respeto que pronto se transforma en afecto, veneración y amor, en asentimiento generoso a las sugerecias de su persona que les conquista para siempre. ¡He visto al Papa! tiene un significado muy distinto de ver a los grandes hombres de nuestro tiempo. La grandeza moral fascinante de Pío XII produce en las almas un efecto de inolvidable simpatía, de contacto con un ser superior que nos atrae como un divino imán.

Esta breve silueta de Su Santidad en su aspecto meramente humano sirva de homenaje con motivo de los comentarios surgidos a raíz de la falsa noticia de un atentado a su augusta persona, la cual se encuentra rodeada de todo el afecto y el cariño del millón y medio de habitantes de la Ciudad de Roma.

Guillermo Viviani Contreras

Consejero religioso de la Embajada de Chile en Roma

Roma, 23-X-46.

Ramón Amadeu

Maestro imaginero barcelonés

1745-1821



Próximamente todavía las fiestas navideñas y como acompañando aquel espíritu costumbrista tan arraigado en nuestro pueblo, el nombre de Ramón Amadeu parece transportarnos a los tiempos de nuestros bisabuelos, cuando el escultor y figurista en plena producción, era ya considerado en nuestra ciudad como un artista de celebridad, lo mismo como imaginero de grandes tallas, que esta era su profesión ha-

Firma de Amadeu

menos que inadvertido por parte de los historiadores de nuestro arte plástico, lo cual dió lugar a una biografía que publicamos el año 1925.

Aprovechando pues la oportunidad de las pasadas Navidades veamos de revivir brevemente la personalidad artística del maestro que se manifestó en todo momento inspirado dentro de su arraigado espíritu cristiano, trasluciéndose o como espejándose en sus mejores obras, muchas de ellas, lastimosamente desaparecidas durante la revolución marxista de 1936.

Ramón Amadeu y Grau, tal es el nombre de este artista escultor, hijo ilustre de Barcelona y nacido de una familia modesta el día 5 de febrero de 1745 según se deduce de un modo verosímil de su partida de bautismo, que tomamos directamente del archivo parroquial de la iglesia del Pino.

Es verdad que no nos consta nada en detalle acerca de la infancia del artista pero sabemos en cambio documentalmente su oficio de *escudeller* o alfarero, pudiéndose creer con fundamento que en esta profesión ejerció su aprendizaje, de donde debería despertarse en él la afición a trabajar la arcilla, comenzando por los más sencillos enseres de uso doméstico para ser vendidos en las cacharrerías de la ciudad.

bitual, que como figurista dedicado a modelar sus incomparables *Belenes* o *Nacimientos* que en tanta estima fueron tenidos por los pesebristas de nuestro suelo.

Ramón Amadeu, artista de primera magnitud, ha sido uno de nuestros más recios temperamentos que a pesar de su valía indiscutible, ha pasado después de su muerte poco



Nuestra Señora de los Desamparados
que se venera en su altar titular de la Basílica del Pino
de Barcelona

dad, atreviéndose más tarde a modelar figurillas que tal vez él mismo vendería en las ferias de Belenes que en vísperas de Navidad tienen lugar de antiguo, en los alrededores de nuestra Catedral o en las iglesias de Santa María del Mar, o del Pino, y ya más tarde aleccionado por la acertada dirección de sus maestros y sometido a una disciplina rigurosa, haría de él, el escultor de alta escuela, afiliado a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

Ahora bien, ¿cuál fué la formación artística de Amadeu? ¿cuáles fueron sus maestros? ¿en qué tendencias se orientó, o cuál es el carácter que destaca en sus mejores obras?

Vamos a contestar brevísimamente a estas preguntas.

A falta de datos ciertos, se llegó a suponer por algún tiempo —y así nos lo dice el erudito escritor D. Ramón Comas en un curioso esbozo que publicó en 1897 (1)— que fué discípulo de Pedro Costa, lo cual bien que posible, no ha podido ser demostrado hasta el momento presente. En cambio, gracias a un documento que nos dió a conocer hace pocos años el *Archivo Histórico de la Ciudad* se sabe que trabajó en los talleres de los escultores José Trulls, Agustín Mas, Bartolomé Soler, Antonio Compta y Agustín Sala, y, según otro documento, en casa del tallista Luis Bonifás de Valls, para perfeccionarse de su arte, atendido que Bonifás era considerado como uno de los más destacados artistas de su tiempo.

¿Cuál fué la característica principal de la obra de Amadeu en su aspecto artístico? A esta pregunta podríase responder que su norma habitual fué una marcada tendencia al realismo o naturalismo, o sea la interpretación del natural huyendo de convencionalismos de escuela y como plasmando en sus obras aquel luminosísimo pensamiento del gran Ben-

venuto Cellini cuando dice en sus Memorias: “La naturaleza es el único libro que nos enseña el arte”. No obstante al decir *realismo* precisa puntualizar que tomamos esta palabra en su sentido propio o sea como expresión de *realidad*, de *sinceridad*, de *verismo*, o, en general, de *fidelidad con el natural*; no en el sentido equívoco que hoy sin razón suele dársele aplicándolo al arte, como queriendo significarse con él el sensualismo, el materialismo o aun el prosaísmo, que no es en realidad más que la antítesis o la negación de la belleza propiamente tal.

Este sincerismo, este verismo nos explica lógicamente su apartamiento de las tendencias del barroquismo entonces imperante, de los que supo sustraerse según podemos confirmar ante sus mejores obras, revelándonos inconfundible en no pocos casos con una nobleza impresionante, diríase en un doble aspecto: humano y divino.

Como modelos para sus obras, solía inspirarse en sus propios familiares y amigos, según podemos constatar con un suceso que me refirió hace algún tiempo la que fué uno de los últimos supervivientes de la familia del escultor, Doña Enriqueta Riera y Rovira, Vda. de Camarasa, que será oportuno recordar.

Cierto día, como llegase el artista a su domicilio hubo de darse cuenta de que dos de sus hijos menores, habían cometido una travesura por lo cual su esposa Magdalena estaba amonestándoles en plan de reprimenda. Terciando en el asunto Amadeu cuyo temperamento enérgico e impulsivo no consentía la más leve falta de respeto a la autoridad paterna, obligóles a pedir perdón de rodillas para obtener de ella el olvido de aquella falta, bajo promesa formal de no reincidir en ella. Pero al contemplar Amadeu aquel cuadro ejemplar, su imaginación de artista le sugiere una idea luminosa, y mandándoles a los tres permanecer quietos en aquella posición y tomando a toda prisa un lápiz con que sacar un apunte para su taller, bocetó en un momento una imagen de la Virgen: la madre bondadosa contemplando a sus hijos postrados a sus plantas y cobijándoles bajo su manto como acogiendo sus súplicas favorablemente con su corazón indulgente abierto siempre de par en par al perdón y a la misericordia.

Este boceto dió lugar más tarde a la realización de una imagen que le tenían encomendada, que se veneró y venera todavía en la iglesia del Pino en el altar titular de la antigua Cofradía de Ntra. Sra. de los Desamparados, y en la cual Amadeu quiso dejar su recuerdo de la que fué su esposa y de sus hijos, dando de este modo una prueba perenne de su religiosidad y de sus arraigadas convicciones cristianas.

Considerada en conjunto la producción de Amadeu, destaca por la estatuaria religiosa en gran tamaño, pero hemos de hacer constar que lo que ha contribuido a darle una mayor popularidad, han sido sus figuras para Belenes o



Imagen de Santa Ana y la Virgen niña
de intenso realismo, que se veneró en su Iglesia titular de Barcelona
y desapareció durante la revolución de 1936

(1) *Boletín del Centro Excursionista de Cataluña*, Julio y Agosto de 1897.

Nacimientos, muchos de ellos verdaderos modelos en su género. Algunas de estas se conservan hoy en los museos de nuestra ciudad.

En el año 1778 habiendo presentado el escultor un relieve a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, fué admitido en ella como académico supernumerario en la escultura, lo cual contribuyó en gran manera a incrementar la justa fama y nombradía de que gozaba.

No hemos de omitir en este lugar los peligros que corrió el artista durante la invasión francesa pues estando complicado en ciertos planes patrióticos contra el gobierno intruso, tuvo que ausentarse de nuestra ciudad dejando en ella a su esposa e hijos. Fué entonces, cumplidos ya sus sesenta y cuatro años, cuando emprendió el camino hacia la villa de Olot como si fuera un vulgar mendigo, siendo acogido allí por un buen amigo que fué a su vez protector en aquellas penosas circunstancias, y en cuyo domicilio permaneció oculto en espera de mejores tiempos.

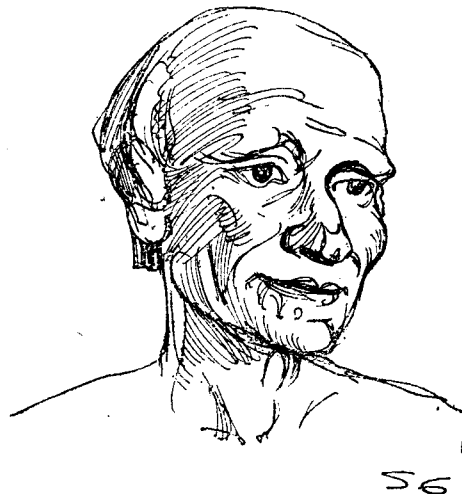
Una vez libre nuestro suelo de la dominación francesa regresó el artista a su ciudad natal instalándose de nuevo en su domicilio y taller que ocupaba el lugar que hoy corresponde a las casas números 11 y 13 de la calle de Zurbano. Allí, según consta documentalmente, después de una vida de constante trabajo, a la edad de setenta y seis años, muere cristianamente el famoso escultor, siendo enterrado según se cree en las fosas contiguas a la iglesia del Pino, lo cual al cumplirse recientemente el segundo centenario del nacimiento del artista, dió motivo para que la *Asociación de Pesebristas de Barcelona* solicitara de nuestro Excmo. Ayun-



Grupo para un nacimiento
Museos de Barcelona

tamiento, que se diera el nombre del escultor Amadeu a la que fué Plazuela del Pino, contigua al abside de la iglesia, como se logró felizmente siendo colocada la lápida el pasado año, en recuerdo del bicentenario.

Para terminar estas notas sumarias hemos de hacer constar que la obra de Amadeu a nuestro juicio, no ha sido comprendida por lo común en su justo valor, siendo de notar algunas discrepancias en lo relativo a sus méritos, lo cual



Testa de anciano.
Uno de los modelos o maniqués articulables de que usaba el artista.
Museos de Barcelona

obedece, a nuestro entender, al hecho de ser su obra mirada en conjunto, algo desigual, por razón de haber colaborado con él y en su mismo taller escultores no siempre dotados de la habilidad que caracteriza sus obras personalísimas. Y precisa hacer esta declaración por cuanto si el artista ha dejado obras de mérito indiscutible, no parece razonable juzgar de su maestría como no sea refiriéndonos a estas por ser ellas las en que su personalidad destaca sin ingerencias ajenas. Teniendo esto en cuenta, ofrecemos en estas páginas algunas de estas obras inimitables que ponen al artista a la altura de los más ilustres tallistas de nuestro arte policromo.

El nombre de Amadeu, como ocurre con los de los grandes artistas, determinará en la historia de nuestro arte una época y un carácter. Su realismo predominante, que pareció responder íntimamente a la manera de ser de nuestro pueblo, franco y veraz como leal y enemigo de toda afectación, encarna por decirlo así en las más admirables obras del maestro. Sus santos, sus figuras todas, son hombres que vivieron en otro tiempo, allá cerca de dos siglos atrás, pero que a la vez se nos antoja haber conocido o tratado. Sus figuras bellísimas para Belenes, formadas con el barro de nuestro suelo, al soplo creador del artista como infundiéndoles su alma, parecen vivir todavía; es el arte cristiano que sublima con su espiritualidad la materia inerte produciendo, creando, poderoso, sus obras perfectísimas como remedando la acción providencial del supremo Artífice en el andar constante de los siglos.

Evelio Bulbena Estrany.

Q

NOTA BIBLIOGRAFICA

"ART PESSEBRISTIC". *Paisaje, estilo y símbolo*, por el M. R. P. BASILIO DE RUBÍ, capuchino. Dedicatorias de Mn. Antonio Malats, pbro. y del M. I. Canónigo Dr. José María Llovera; prólogo de D. Agustín Durán y Sampere. Barcelona, 1947.—XVII—224 páginas, con 120 ilustraciones y dibujos. Precio, 22 pesetas.

Acaba de aparecer el importante libro "Art Pessebristic", del M. R. P. Basilio de Rubí, capuchino. Hasta el presente sólo conocíamos obras de categoría inferior que trataban de la manera rudimentaria de construir belenes. El autor con esta obra da un paso más y pretende definir su estilo y elevar este tema popular a la categoría de las artes puras.



En estos últimos años hemos admirado verdaderas obras de arte con respecto a belenes; las figurillas pasan a ser verdaderas obras escultóricas de excepcional valor. Todo lo que nos demuestra que el belén en nuestras regiones va saliendo de lo anecdótico y vulgar para venir a ocupar lugar de honor entre las bellas artes.

La música popular ha sido elevada a las categorías del arte puro por maestros insignes de la composición musical. También el belén popular puede ser elevado a semejantes regiones a condición de que sea tratado por verdaderos artistas del paisaje, que son los que deben darle forma y sustancialidad.

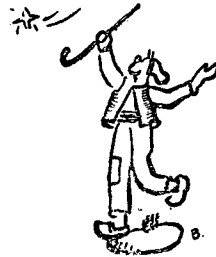


El pesebre de tipo provenzal, que es el que predomina en nuestras regiones, para ser tratado con arte y precisión debe reunir, según el A., las condiciones siguientes:

a) El paisaje debe interpretar las luces y colores que son comunes al artista que debe estructurarlo y al pueblo que lo debe admirar. Lo exótico al artista y al espectador no está en condiciones de poder emocionar;

b) Las figuras y construcciones deben estar en consonancia con el paisaje; y

c) Las figuras del Nacimiento, o de la Cueva, deben presentar aquellas formas de transacción que ofrecen las del nacimiento de Cristo Jesús en altares y retablos.



Lo que se pretende con el belén artístico es buscar la santa unción y la bella emoción del Misterio y de lo sobrenatural interpretado a través de las formas plásticas. No siempre los historicismos están en condiciones de producir esta emoción. La mística, como la poesía y las bellas artes, se alimentan de formas simples, ingenuas y populares; la mística vive más de actualizaciones e intuiciones de misterios que no de un fárrago de precisiones temáticas.



El retablo que reproducimos del japonés *Lucas Ch'en* nos demuestra cómo las formas simples y el arte ingenuo impresionan más a un indígena que no una pretendida erudición histórica, pseudooriental.

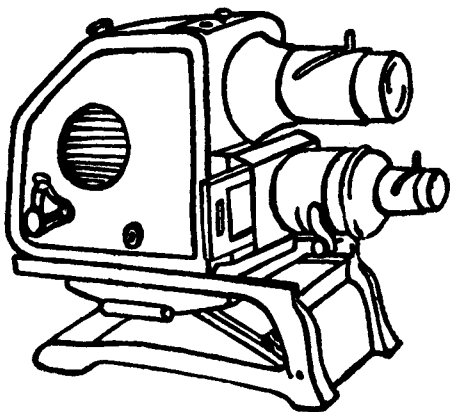
Y la unción del misterio y de lo sobrenatural es, sobre todas las cosas, lo que debe procurar entresacar el escultor o el paisajista de la presentación de sus cuadros plásticos y retablos.

Esta es, si no erramos, la idea predominante del autor en este interesante libro.

Como teorizante en materia de belenes merece el autor los más sentidos plácemes.

Con gran número de grabados intenta el autor hacer entrar por los ojos los puntos culminantes de su argumento.

CON CENSURA ECLESIASTICA



Construcción
de APARATOS y ACCESORIOS
para la PROYECCION

Mecánica - Reparaciones

TALLERES BALMES

Calle Balmes, 254 (cerca de la Estación de Gracia) BARCELONA

ENCARGOS: Teléfono 82921 (de 9 1/2 a 12 de la mañana)

**Cuevas de
Artá**

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

**Las maravillosas
Cuevas de Artá**

LUMEN

Revista de la
AGRUPACION CATOLICA
UNIVERSITARIA



San Miguel, 1111

LA HABANA (Cuba)

Signo

Semanario Nacional de la Juventud de
Acción Católica



Conde de Xiquena, 5

Madrid